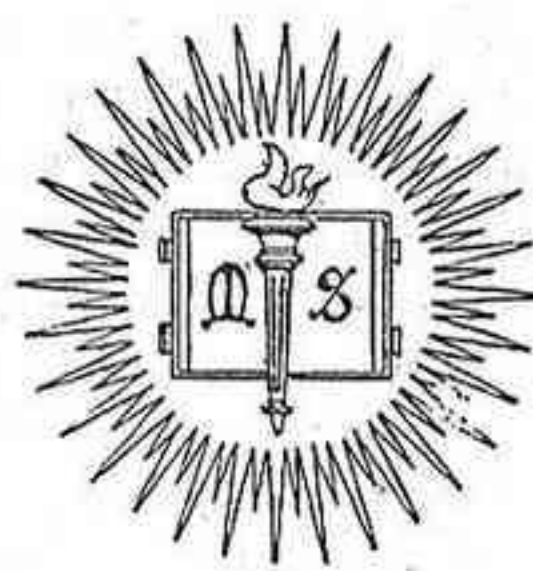


La Ilustración Artística



Artística

AÑO XX

BARCELONA 1.º DE ABRIL DE 1901

Núm. 1.005

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA ORACIÓN EN EL HUERTO DE GETSEMANÍ, dibujo de José Triadó

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *La Semana Santa de Pascualín*, por José Echegaray. — *Obras del Greco que se conservan en Toledo*, por X. — *La Semana Santa en Pedrosa*, por A. de Valbuena. — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *China, usos, costumbres y descripciones geográficas* (continuación), por E. von Hesse-Wartegg. — *Jerusalén*, por J.

Grabados.—*La oración en el huerto de Getsemani*, dibujo de José Triadó. — Dibujo de J. Cabrinety que ilustra el artículo *La Semana Santa de Pascualín.* — *Retratos de Juan de Avila, de Covarrubias y del hermano de Covarrubias y nueve cuadros más del Greco que se conservan en Toledo.* — *Multiplicación de los panes*, cuadro de Ramiro Lorente. — *La ascensión al Calvario*, cuadro de Rubens. — *El descendimiento de la cruz*, cuadro de Fra Bartolomeo que se conserva en la Galería Pitti de Florencia. — *Casulla estilo siglo XVII y Capa pluvial estilo siglo XVIII*, dibujadas y bordadas por D.^a Catalina Narváez de Ruiz. — *El octogenario y ciego abad de Tsingtau.* — *Carretero chino.* — *La calle principal de Tsingtau.* — *Botadura de un barco chino.* — *Calle principal de Kaumi.* — *El muro de las lamentaciones en Jerusalén* (de fotografía). — *Cristo yacente*, cuadro de José Benlliure.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EMBAJADAS.—UN LIBRO ARGENTINO.—NÚÑEZ DE ARCE

Con corta diferencia de tiempo va á recibir Madrid dos embajadas extraordinarias: la del representante de S. M. Eduardo VII de Inglaterra, para notificar lo que todos sabemos, ó sea su elevación al trono de sus mayores (que lo calientan no hace mucho), y la de la grande, espléndida y moderna ciudad de Buenos Aires, representada por su intendente y una comisión, que trae el obsequio del magnífico jarrón de Benlliure, ofrecido á la reina.

El diferente sentido de las dos embajadas no se ha escapado al sutil olfato de la multitud. La multitud no es lerda. ¡Qué ha de ser! Yo sostengo que aquí en España se podría gobernar bastante bien sólo con dejarse guiar por el instinto de la multitud. Casi siempre — no diré que no haya excepciones, pero es en casos que tienen explicación fácil — acierta el pueblo, dirigido por su criterio más derecho que un huso. Y presenciamos con asombro cómo los gobiernos, caminando á tientas, tropiezan aquí y allí, por no atender al susurro continuo y humilde de las voces de la opinión vulgar.

La cual, en este caso, yendo rectamente á su fin, se muestra fría, glacial, indiferente, respecto á los enviados de S. M. Británica, y en cambio hierve en entusiasmo al solo anuncio de la llegada de los argentinos — que, dicho sea entre paréntesis, por un aplazamiento muy comentado no vendrán á Madrid hasta fines de abril — y se prepara á acogerles y festejarles con la mayor y más franca cordialidad; brazos abiertos, mano tendida.

Ya que de hispano-americanos se habla, y aunque Rubén Darío es autor vivo, ¡y tan vivo!, y yo sólo hablo de los muertos, voy á recordar aquí que acabo de leer un recién llegado libro suyo. Se titula *España contemporánea* y contiene las crónicas enviadas por el brillante escritor al periódico *La Nación*, de Buenos Aires. Alabo esta buena costumbre de reunir y conservar las crónicas periodísticas. ¡Cuántas veces cogemos un diario; leemos en él, con interés sumo, una crónica que guarda conexión con otras y forma parte de una serie, y nos queda el apetito abierto é insaciado, porque no volvemos nunca á encontrar ocasión de echar la vista encima á las crónicas restantes! Por otra parte, la colección de Rubén Darío tiene unidad. Es la narración de un viaje y de las impresiones en él recibidas. Trata de España con espíritu literario, fijándose sobre todo en las manifestaciones del arte y en el estado de las letras. Por lo cual constituye un documento de excepcional interés.

El pintor que quiere retratarse, tiene que ver su imagen reflejada en un espejo. Algo semejante les sucede á las naciones. Para conocerse, no les queda otro recurso sino mirarse en estos espejos lucientes y claros — los escritores de fuera. — Las mismas diferencias que la luna del espejo da en cuanto al color, las alteraciones que puede hacer sufrir á las líneas, son enseñanza.

No dudará nadie que Rubén Darío, salvando detalles, ha visto justo. Tanto ó más que su instinto inteligente, le ha guiado su afecto á España. No se puede hablar de un país profesándole odio, repulsión

y mala voluntad sistemática. La misma reprensión, la advertencia, han de fundarse en simpatía; si no, pierden su virtud educadora. Rubén Darío encabeza sus crónicas con un canto de amor á España. «Si ya no es la antigua poderosa, la dominadora imperial, amarla el doble; y si está herida, tender á ella mucho más.» Después de tal consigna, el estudio sobre España, ó mejor dicho (no cae bien la árida palabra *estudio*), la impresión artística y social de España ha de ser grata y jugosa, fresca, y aunque alumbrada por las luminarias de la fantasía, muy digna de tomarse en cuenta como dato.

El poeta argentino desembarca en Barcelona, y le envuelven las múltiples y raudas corrientes de opinión de la gran ciudad industrial. Ve á los anarquistas, á los obreros que en las horas de descanso hablan de la R. S., á los autonomistas, los francesistas, los separatistas; pero ve también el trabajo, la cultura, las chimeneas de las fábricas, los progresos admirables de la tipografía, el desarrollo de la voluntad, toda esa fuerza, ese vigor que, dígame lo que se quiera, han puesto á Cataluña á la cabeza de España y de las regiones españolas, haciendo de ella *nuestra única Europa*; y Darío lo reconoce, lo siente, lo admira, como es razón admirarlo.

Después llega á Madrid, y su fina sensibilidad percibe el indiferentismo de la capital de España ante la catástrofe acabada de suceder, la firma del tratado de París, y todo lo que con esta fatal fecha se relaciona. La tristeza inmensa de las cosas, que España ha resuelto no advertir, nóta la el extranjero, y la deja transparentar en sus páginas. «Cánovas muerto; Ruiz Zorrilla muerto; Castelar desilusionado y enfermo; Valera ciego; Campoamor mudo...» Bien, ¿y qué?, dicen los madrileños saliendo de capa á tomar el sol.

También nota Rubén Darío el fenómeno usual del desconocimiento absoluto de América que en Madrid existe. Es una cosa hasta curiosa. No enterados á medias, no: absoluta, completamente ignorantes. De eso de no saber hacia dónde cae Méjico. Y no hablo de la muchedumbre: personas obligadísimas á estar informadas, á adquirir, por lo menos, la *tintura*.

Lo notable es que á esa América desconocida (casi como antes de Colón, Pinzón y Pizarro) se la profesa cariño. Un cariño indefinido, maquinal, pero sincerísimo. La emancipación de las colonias, una tras otra, no dejó aquí gérmenes de odio. El tiempo ha trocado la indiferencia en inclinación. Las muestras de cordialidad, las voces de ánimo que de allá nos han venido, convierten la inclinación en una especie de romántico entusiasmo. Díganlo recientes solemnidades; piénsese en el movimiento de opinión producido por los anuncios de la llegada de la comisión bonaerense. Atender, obsequiar, jalear..., todo lo que ustedes gusten. Indagar, enterarse, tomar ejemplo de tantas cosas como podría tomarse..., nunca.

Al hablar de quien esto escribe, Rubén Darío me otorga la propiedad de una anécdota sobre Víctor Hugo, referida por mí en estos términos: «Cuando se publicaron las *Doloras* de Campoamor, Víctor Hugo, celoso de esa gloria, dijo: *Voy á hacer un volumen de Doloras...*, y escribió *Chansons des rues et des bois*.» Pues le advierto á mi amigo el poeta que la anécdota será inverosímil, pero no es mía. Castelar fué quien me refirió esta tarasconada; y la refería á menudo; gustaba de contarla en todas partes. En mi opinión, la asombrosa memoria de Castelar no le era infiel. Oír hablar Víctor Hugo de algo nuevo en poesía y no querer ejercitarlo, imposible. No quiere decir que establezcamos comparaciones entre Campoamor y Víctor Hugo. ¡Son tan diferentes! En fin, conste que la anécdota no me pertenece. *Suum cuique*.

Del amenísimo libro se podría extraer lo bastante para llenar una crónica, recogiendo opiniones muy certeras y muy independientes acerca de las letras, el arte, las clases sociales, la enseñanza, tantos y tantos temas que aquí vienen siempre, más ó menos falsificados y velados, á buscar la luz pública. Rubén Darío, que es lo bastante *hispano* para conocernos rápidamente y asimilarse esta atmósfera, no es *español*, no se encuentra cogido y amordazado por esas invisibles mordazas de la *camaraderie* y la complicidad periodística. Por eso, en sus hermosas parrafadas libres y palpitantes aletea con bastante frecuencia la entera verdad, esa verdad cuyas formas estatuarías ya se nos van olvidando, desde que ni por casualidad un día las admiramos al sol, desnudas de ropa.

Así es que el libro de Rubén Darío, como al principio dije, es un espejo donde nos contemplamos para interpretar nuestra fisonomía moralista, nuestra *facies* poco tranquilizadora para el pronóstico de

nuestro porvenir. Recrea, pero también enseña y advierte; y esto último, sin que se lo haya propuesto el escritor, más que nada artista, sensitivo y prendado del carácter pintoresco de España.

Acabo de leer que se encuentra enfermo de mucho cuidado D. Gaspar Núñez de Arce. A la hora en que escribo, no se sabe que la enfermedad sea de muerte; pero se presume, con fundamento, que en eso puede parar. Es un mal terrible el que padece el autor de los *Gritos del combate*: se llama *la melena*, y consiste en vómitos de sangre procedente del estómago. Núñez de Arce presenta este fenómeno patológico por segunda ó tercera vez. La primera, hace años, puso ya su vida en inminente riesgo. Salvó y acabó de consolidar la curación en las aguas de Mondáriz, para el estómago incomparables. Allí, por las mañanas, en el paseo de digestión de la linfa maravillosa, he conversado con Núñez de Arce diariamente, largamente, adquiriendo la convicción de que el sonoro y grandilocuente poeta es un espíritu entristecido, pesimista y tradicionalista. El descubrimiento no me sorprendió. Ni es casi descubrimiento. Acercaos á casi todos los españoles ilustres, famosos, entrados en años; arañad la superficie del liberalismo político — una cascarilla, que desaparece al primer capirotazo con la uña, — y encontraréis, resistente, dura, consolidada, la madera de la tradición. Tampoco es raro el caso de esa especie de ascetismo melancólico, de ese recelo angustioso de la Vida y de la Libertad, que he comprobado en Núñez de Arce. Su cabeza, que reclama el pincel de Pantoja de la Cruz ó del Greco, no miente. Es una cabeza *felipista*, escurialense; una cabeza de la vieja España, gris, pétreo, dolorida é inquisitorial.

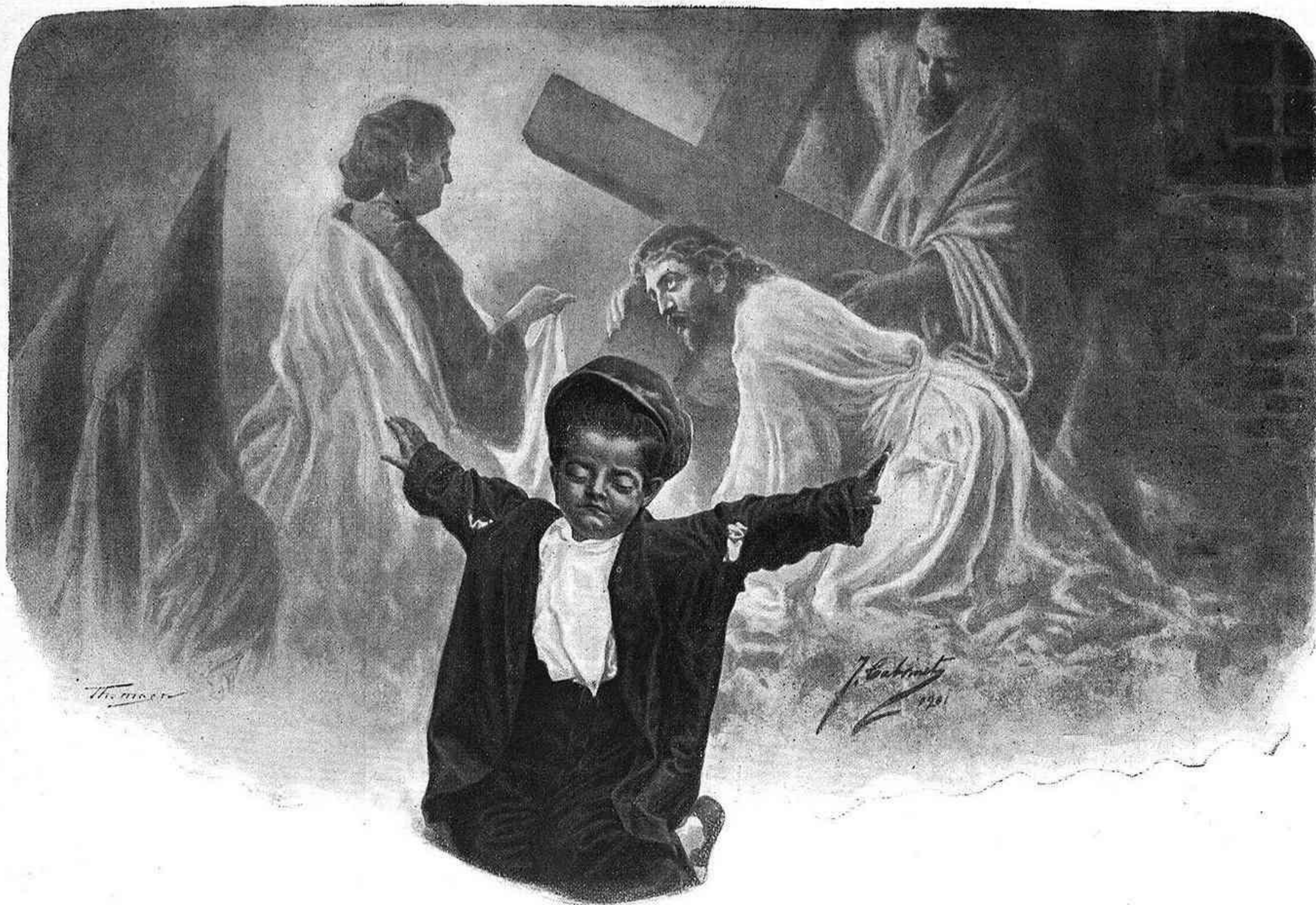
Si Núñez de Arce salva — y ojalá salve, porque ya este desmoche de glorias nos va dejando demasiado mochos, demasiado pelados, sin cosa que enseñar á los forasteros; — si Núñez de Arce salva, repito, y lee esta crónica, se sonreirá, con su amarillenta y mustia sonrisa, al leer lo que voy escribiendo. Porque de buena fe se cree Núñez de Arce *hijo de su siglo*: liberal. ¿Acaso no es sagastino, consecuente fusionista, uno de los prohombres del partido que hoy ocupa el poder?

Y á fe que sentiremos la pérdida de Núñez de Arce cuando suceda — Dios lo disponga lo más tarde posible, — pero nuestro sentimiento no tendrá que ver con la política poco ni mucho. Políticos como Núñez de Arce, ni mejores ni peores, ni más activos ni más pasivos, los contamos por gruesas. De ellos podríamos decir lo que decía cierto conocido mío, al ver caer á un granuja de un cerezo, en el mes de junio: «No se apure usted, que todos los días nace un millón.» Pero de poetas como Núñez de Arce, sí que entran pocos en libra, y cada día van entrando menos. Notad cómo desaparece esa especie literaria — el poeta. — En España, muerto Campoamor, si muere Núñez de Arce, bien poco queda que se vea de lejos. Se escriben versos, muchos versos, y hasta sonoros y de vuelo lírico (recordad ciertos parlamentos de *Nerón*, la traducción del *Cyrano*), pero el poeta por aclamación no aparece; no se levanta la frente apolínica, irradiando entre las otras. Mi opinión de que el escritor y el literato son obra de su tiempo, se confirma al comprobar esta escasez. Poetas tendríamos si la estación fuese favorable á tal cosecha. Es que ha llegado el invierno de la poesía; es que no la siente ya la raza, como tal vez la sintiese hace veinticinco años; como de cierto la sentía hace cincuenta. Las últimas tentativas para infiltrar en el público la poesía van unidas al nombre de Núñez de Arce y á la memoria de Rafael Calvo, cuando leía en los teatros *El vértigo*, *El idilio* y el *Raimundo Lulio*. Moda pasajera, que no llegó á arraigarse. La última producción de Núñez de Arce, *Sursum corda*, á nadie se le ha ocurrido declamarla. Esa golosina de la rima, esa afición al verso *oído*, resonante como una sinfonía de Verdi, pasó. España, que va haciéndose inteligente en música, va ensordeciendo para el verso.

Los de Núñez de Arce, rotundos, bien medidos, bien aconsonantados, pertenecen al número de los que ganan en labios de un gran lector como el pobre Rafael. Desde que no se leyeron en alto, se leyeron menos de todas maneras.

Quiera Dios aliviar el cruel padecimiento del vate y prolongar su existencia amenazada. Los hombres como Campoamor, como Núñez de Arce, como Zorrilla, aunque guarden silencio y se hayan recogido al descanso y á la soñolencia de los últimos años de la vida, son adorno de su patria; *hacen compañía*, dígame así, con su presencia sola.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Va concluyó mi procesión de la mañana del Viernes Santo; ahora empieza mi procesión del Santo Sepulcro

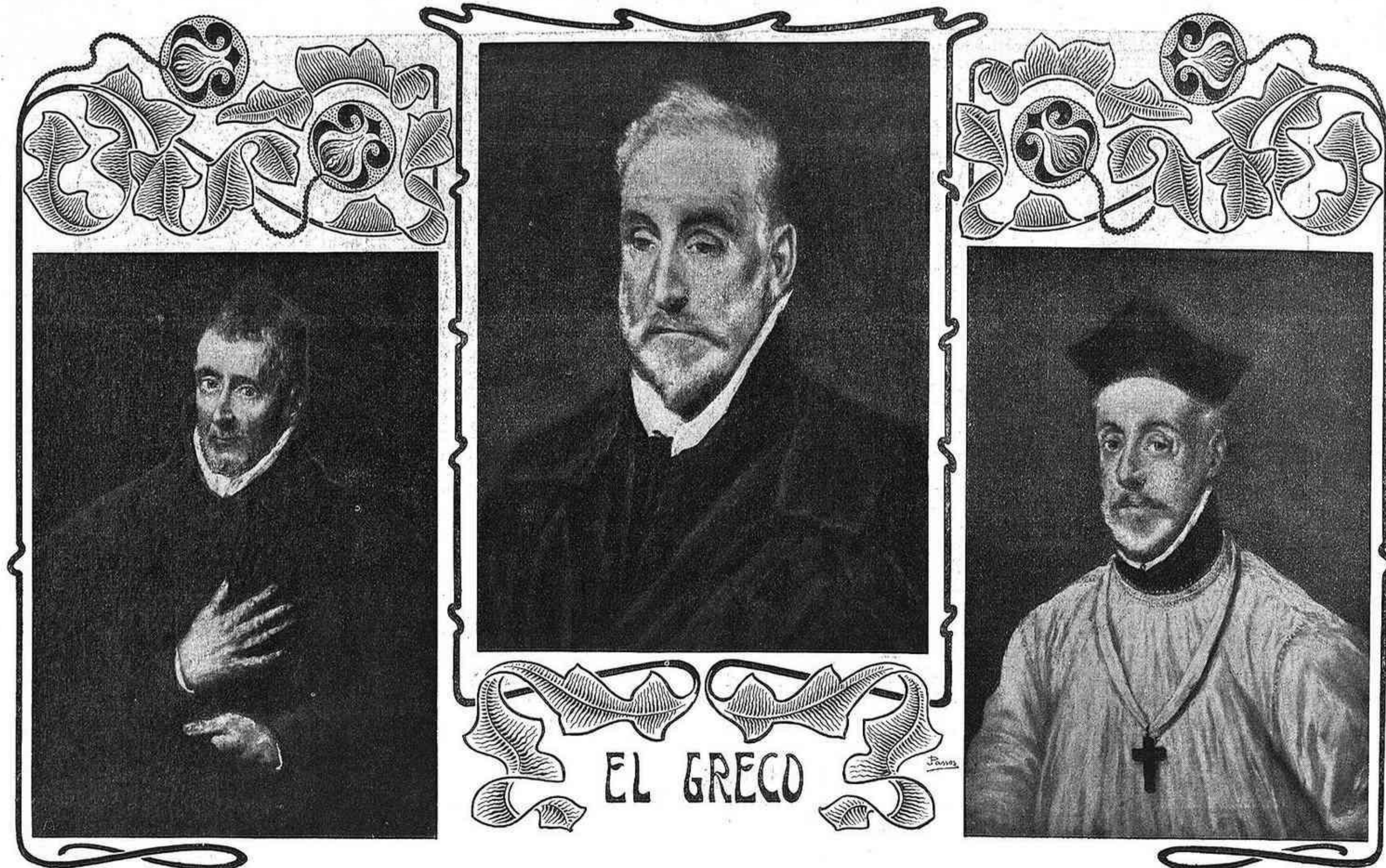
LA SEMANA SANTA DE PASCUALÍN

La vieja catedral era toda alegría. Por dentro la iluminaban centenares de cirios, cuyas llamas eran como estrellas encendidas en aquel cielo de sombras que bajo las altas naves, en las capillas, en el coro y en los retablos se extendía misterioso. Pero aquellas luces, el incienso, el órgano y el murmullo religioso de la muchedumbre lo llenaban todo de alegría. Era como un paño negro cruzado por rayos luminosos, vibraciones sonoras, dibujos de plegarias y nubes difuminadas de incienso. Aquella catedral tan vieja, tan oscura de ordinario, tan húmeda, tan silenciosa y tan triste, palpitaba en esta ocasión con alborozos místicos y hasta con risas infantiles que debían ser risas de ángeles. Y todo brillaba: las piedras carcomidas, el dorado de las verjas, el oro de los altares, la plata de los candelabros y las franjas de las colgaduras. Era el interior de una tumba en que despierta la vida con besos místicos y aleteos celestiales. Y por fuera, la catedral era también toda alegría: el cielo azul y espléndido, el sol brillante; y aquel frente tan lleno de rosetones, arcos, doseletes, santos y apóstoles, formaba un hervidero de luz y hasta de movimiento, en que apóstoles sin narices, santos sin cabeza, ángeles con las alas tronchadas y por todas partes mil adornos churriguerescos parecían danzar por la caprichosa fachada bajo el regocijado influjo de la luz solar y del abrillantado cielo. Era un Domingo de Ramos y pronto iba á empezar la bendición de las palmas. En la ancha plaza y contra los severos sillares del palacio episcopal había un puesto á manera de tienda ambulante de palmas. Las más altas, las más gallardas, las más vistosas, como enorme tapiz se extendían sobre el muro sostenidas por largas líneas de bramante. La pared obscura, mohosa y carcomida, las palmas amarillas y doradas al sol, era como un caprichoso bordado de oro sobre piedra. Las demás palmas, más modestas y de menor precio, por lo tanto, formaban haces y manojos sobre la acera. Mucha gente, mujeres y niños sobre todo, compraban palmas para entrar con ellas á recibir la bendición. Contemplando la escena estaba un chiquillo de siete á ocho años, desarrapado y flacucho. Todo en él era miseria y palidez; harapos sucios y revueltos; cabellera revuelta y sucia; sólo había en el

pequeñuelo dos puntos brillantes: los ojos. Eran como dos estrellas que se hubieran caído del cielo en un estercolero. Se llamaba Pascualín. Nunca se supo quién fué su padre. Su madre era una pobre mujer; una pordiosera, cuando no ganaba dos reales y la comida de ella y del chico por fregar los suelos de las casas; en este último caso ascendía: era una asistenta. En verano algo daba el oficio. En invierno daba menos, porque se fregaba menos también. Pero la pobre mujer siempre andaba entre agua. En el verano arrastraba las rodillas por los pisos encharcados. En el invierno arrastraba los pies por los charcos de la calle. Por eso padecía la infeliz en invierno y en verano de dolores reumáticos. Su casa siempre era un rincón improvisado. Por la época á que nos referimos dormían en una casucha de tablas construída en un solar. Aquella mañana se escapó Pascualín y se fué á la plaza del Obispo á contemplar las palmas que otros chicos más felices compraban para entrar con ellas triunfantes por la ancha puerta de la catedral entre dos filas murales de apóstoles desnarigados. Pascualín contemplaba las palmas con ojos ardientes, encendidos por el deseo. ¡Qué hermosas eran con sus entretejidos, con sus rosetones, con sus lazos, con sus flores, con sus hojas de abanico, con su labor primorosa y fantástica que era lo más hermoso que Pascualín había visto; una sobre todo, una entre todas, ¡qué primor y qué maravilla! Pascualín la miraba y la miraba. Ya sabía que no había de ser para él; pero no quería que nadie la comprase, porque mientras estuviera contra el muro podía estarla mirando. Pero ¡ay!, cuando otro niño se la llevara, la había perdido para siempre. Por eso cuando se acercaba algún comprador, el corazón se le encogía á Pascualín. «¿Se fijaría en aquella palma? ¡Cómo no había de fijarse si era la más hermosa!» Afortunadamente, por ser muy hermosa era muy cara. Y pasaba tiempo y la palma se iba librando de la venta y á Pascualín se le iba ensanchando el corazón. De pronto, un caballero se fijó en la palma y la compró, y se llevaba la palma de las palmas. Pascualín no pudo contenerse y rompió á llorar. El caballero se fijó en él; se acercó bondadoso; le cogió las manitas y le preguntó por qué lloraba. Pascualín explicó como supo, de mala manera, su pasión, sus esperanzas, sus angustias, su dolor inmenso. Sí: un dolor muy grande en un corazón muy

chiquito, que es cuando el dolor debe doler más, porque no tiene donde extenderse y está muy comprimido. El caballero se conmovió: entre la Semana de Pasión y Semana Santa hay muchos que se conmueven más que en el resto del año. Ello es que se conmovió el caballero, y tendiéndole la palma le dijo: - Toma; es tuya: si puedes, entra con ella en la catedral para que te la bendigan. Y comprando otra palma, se fué con ella. Pascualín se quedó cogido á su palma, sin poder casi sostenerla y dominado por la alegría y por la gratitud. Quiso decir algo; no supo: le besó la mano al caballero, besó la palma, se la echó al hombro, y más bien arrastrándola que llevándola echó á correr hacia la catedral y en ella penetró triunfalmente por entre la doble fila de apóstoles que parecían mirarle de reojo y torcer sus labios de piedra para conservar la debida gravedad apostólica y no soltar la cargajada. * * * Cuando fué á su casa, empezó para él la Semana Santa que hasta entonces había sido Domingo de Ramos. Había entrado con palma en la catedral; se acercaba al camino de la amargura. Su madre le quería á su manera y era una manera muy brutal. Unas veces se lo comía á besos; otras veces le azotaba de lo lindo; siempre pensaba en él. En cuanto echó la vista á la soberbia palma, calculó que podía venderla lo menos por treinta reales, y que con aquella suma tenían para comer seis ó siete días. Hubo llantos; hubo golpes; y al fin la madre se llevó la palma para venderla, y Pascualín se quedó llorando como un desesperado. Cuando acabó de llorar, no porque se le acabase la pena, sino porque se le acabaron las lágrimas, se escapó de casa. Esto hacía siempre que su madre le zurraba, y en tres ó cuatro días no daba cuenta de su persona. Salió, pues, de casa; pasó el puente; se metió por los arrabales, y ya casi en el campo entró en el patio de una casa de labor, donde solía jugar con una chiquilla de su edad próximamente. Allí estaba la chiquilla, que se llamaba Paca, junto al brocal de un pozo, entretenida en tirar piedrecitas al agua; y junto al brocal se puso Pascualín para contarle sus penas á Paca.





RETRATO DE JUAN DE AVILA

RETRATO DE COVARRUBIAS

RETRATO DEL HERMANO DE COVARRUBIAS

Obras del GRECO que se conservan en el Museo Provincial de Toledo (de fotografía de D. Casiano Alguacil)

De pronto se detuvo y se echó á reír; y era que el chiquillo sabía de memoria la Semana Santa y sus tres procesiones, y se le ocurrió que Paca y él estaban haciendo el *Paso de la Samaritana y de Jesús* junto al pozo.

¡Pero qué diferencia! ¡Él tan feo, Paca tan pobretona y la piedra del pozo tan tosca!

En cambio, el Jesús del Paso ¡qué hermoso y qué hermosa la Samaritana, y cuánto lujo, y cuánta pedrería, y el pozo de cristal, con garrucha de oro y cubo de oro y de cristal!

Decididamente, ellos eran un Paso muy miserable.

Además, Paca era una Samaritana muy mala. Le dijo á Pascualín que entre Perico y ella habían proyectado robar aquella noche un gallo á una vecina, y le propuso que les ayudase.

Pascualín se negó, porque en el fondo era honradote; pero Paca le llamó mandria y tonto, y rogándole y entreteniéndole llegó la noche, y los dos se fueron á una arboleda próxima donde encontraron á Perico.

Continuaba la Semana Santa para el pobre chiquillo, porque en la arboleda sufrió miedos y angustias y tentaciones.

Allí en la sombra le pintó Paca la hermosura del gallo; la erguida cabeza, la encarnada cresta, las elegantes plumas de la cola, y luego la carnosa pechuga y las patas y las menudencias en una enorme cazuela de arroz que le guisaría la tía Calambres.

No era el imperio del mundo; no era la planicie cubierta de espléndidos campos y sembrada de soberbias ciudades con torres y palacios y murallas; pero era una cazuela de arroz, que vale tanto y que es más sabrosa, y sobre cuya dorada superficie saldrían los ricos despojos del gallo.

La tentación era fuerte, pero Pascualín resistió.

¿De qué le sirvió resistir, si después de perpetrado el robo, en que él no tomó parte, le sorprendieron en compañía de los dos verdaderos ladrones, y no por sus culpas, sino por culpas ajenas, fué á parar á la cárcel después de haber recibido una buena tanda de mojicones del dueño del gallo?

Y continuó la Pasión de Pascualín, pero una Pasión muy rara y muy revuelta.

El gallo no cantó porque le habían apretado el pescuezo; pero le negó Perico, y más hizo que negarle, que le acusó como el verdadero autor del robo.

Y allá en el patio de la cárcel, no entre dos ladrones, sino entre muchos ladronzuelos y rateros, pasó el Viernes Santo llorando amargamente y pensando que por primera vez en su vida no podía ver la procesión de la mañana.

Aquel Paso tan hermoso de la Cena con Cristo y los apóstoles y la mesa llena de riquísimos manjares. Aquel Paso de la Oración del Huerto con aquel Cristo de rostro celestial y túnica de terciopelo morado; y aquel ángel, asombro de los inteligentes y asombro también de Pascualín, que no dejaba de tener su instinto artístico. Aquel Paso del Prendimiento y aquel beso de Judas en que tanto se fijaba Pascualín, diciéndole á su madre todos los años: «Mira, mira, madre, no le besa con toda la boca como me besas tú á mí, cuando me besas, sino que le besa de costado con una esquina de la boca. Mira al traidor, y qué beso tan encogido da.»

«¿Y por qué San Pedro - pensaba Pascualín - no dejará caer la espada que siempre está amenazando y nunca da?»

Y después, el Cristo de la columna; y después, el Paso de la Caída con aquellos sayones tan feos; y después, la Dolorosa; y después, la Verónica.

«Todo esto estará ahora pasando por la calle - murmuraba Pascualín. - Todo irá entre penitentes con cruz, y nazarenos con caperuza, y música y tropa y alegría, que muchos caramelos he recogido otros años, y aquí este año metido por esa maldita Samaritana, digo, por esa maldita Paca, y ese condenado de Perico que debía llamarse Judas.»

Conque revolviendo en su pequeña cabeza todas estas ideas y todos estos recuerdos, y acongojándose por su madre, que hecha una Dolorosa le estaría buscando por todas partes, Pascualín se echó á llorar.

Le rodearon los demás granujas, y cuando se enteraron del motivo de sus penas, tuvieron una idea diabólica.

«¿Por no ver la procesión estás llorando? Calla, tonto, que vas á verla.» Y le convirtieron en pequeño Cristo, y le ataron á una reja, y le azotaron, y no teniendo espinas á mano, le pusieron una especie de corona de cuerdas de esparto, que le enredaba el pelo y le arañaba la frente; y le cargaron con una cruz improvisada hecha de unos maderos que por allá encontraron; y los muy judíos le pasearon por el patio en procesión entre escarnios y golpes.

No le crucificaron - aunque la crucifixión formaba parte del programa y los granujas eran muy capaces de rematar el martirio del pobre Pascualín - porque al oír los lamentos del niño acudieron unos mozos de la cárcel y se lo llevaron casi sin sentido, desnudo casi, con las espaldas sangrientas, sangrienta la frente, empañados los ojos, manchada de lágrimas la flaca y pálida cara; hecho, en verdad, un Cristo chiquitito; y cuando así le metieron en la cama, pensaba el niño de una manera vaga, como en un deli-

rio, con la chispa de pensamiento que le quedaba en la cabecita: «Ya concluyó mi procesión de la mañana del Viernes Santo; ahora empieza mi procesión del Santo Sepulcro.»

Pero aquella cama en nada se parecía á la del Viernes Santo por la noche; ni aquella cama era urna de cristal con muchos faroles encendidos; ni veía alrededor señores con hachas; ni oía músicas dulcísimas: sólo al cabo de muchas horas se encontró con su madre que le besaba llorando.

La procesión del Viernes Santo del pobre Pascualín, lo repetimos, en nada se parecía á la del Hijo de Dios, sino en que había encontrado su Dolorosa.

Todo Cristo grande ó pequeño tiene una madre que lllore por él.

Pero ya suenan las campanas; ya resucita Dios, y también Pascualín tuvo su Sábado de Gloria.

Que al fin despertó entre los brazos de su madre, que preguntando por todas partes y á todo el mundo había dado con aquel caballero que le regaló la palma á Pascualín, y este señor le sacó de la cárcel, bien castigado por pecados que no cometió. Después subió á la gloria de una nueva vida, bajo la protección del compasivo caballero, que fué para la madre y el hijo segunda Providencia.

Y así fué la Semana Santa de Pascualín: como él chiquitito, mísera como él; pero con lágrimas y dolores y tentaciones y esperanzas, y al fin resurrección.

JOSÉ ECHEGARAY.

(Dibujo de Cabrinety.)

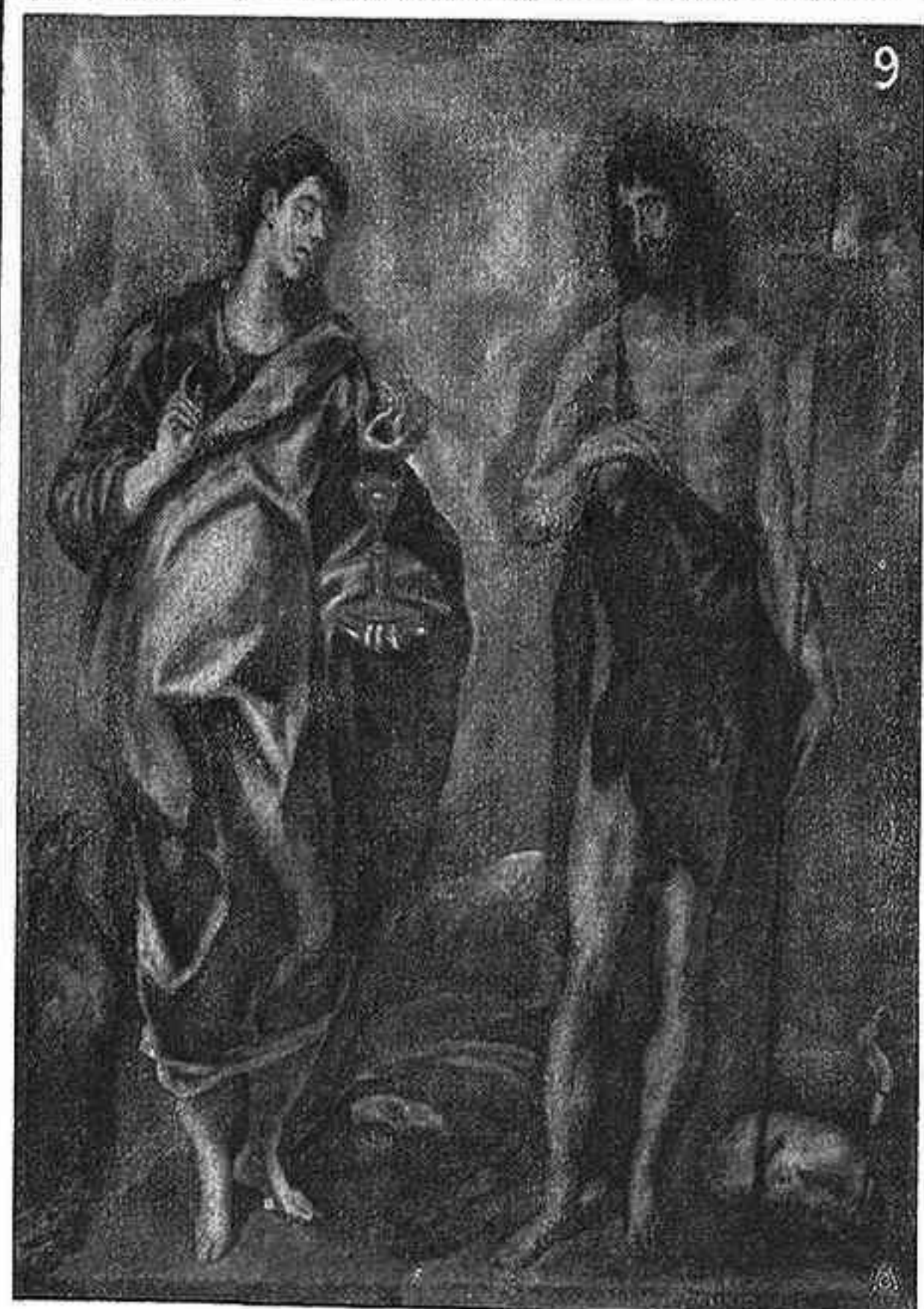
OBRAS DEL GRECO

QUE SE CONSERVAN EN TOLEDO

Domingo Theotocopuli, apellidado *el Greco* por haber nacido en Creta, floreció en la segunda mitad del siglo XVI y primer tercio del XVII y establecióse desde muy joven en Toledo, en donde pintó la mayor parte de sus obras y en donde murió en 1625. Las principales iglesias y el Museo Provincial de la imperial ciudad conservan preciosas joyas del gran maestro, de quien con razón ha dicho un reputado crítico que es el fundador de la llamada escuela española. El Greco, en efecto, produjo en el arte pictórico español una revolución tan profunda, que echó los cimientos de aquella escuela naturalista, al par severa y elegante, eterna desesperación de romancistas y clásicos, cuyo cetro debía empuñar como soberano el inmortal Velázquez. En esta página y en la siguiente reproducimos algunas de sus principales obras.

Theotocopuli dedicóse especialmente á la pintura religiosa, pero sobresalió también en la de retratos, dando en este género preferencia á las carnes sobre los trajes y adornos que hasta entonces era lo que había prevalecido. Fué, además, escultor y arquitecto notable y en alguna ocasión demostró que sabía manejar la pluma con tanta habilidad como los pinceles. - X.

OBRAS DEL GRECO



Un apóstol (Museo Provincial). - Pintura del altar mayor de la parroquia de San Vicente. - Un apóstol (Museo Provincial). - La Verónica (Santo Domingo el Antiguo). - Entierro del conde de Orgaz (Parroquia de Santo Tomás). - La Dolorosa (Sacristía de la capilla de Reyes Nuevos de la Catedral.) - La venida del Espíritu Santo (Parroquia mozárabe de San Marcos). - Un apóstol (Museo Provincial). - San Juan Bautista (Parroquia de San Juan). - Todas estas obras se conservan en Toledo (de fotografías de D. Casiano Alguacil).

LA SEMANA SANTA EN PEDROSA

(RECUERDOS)

El primer preparativo de Semana Santa era la traída de los ramos.

El viernes ó el sábado de la Semana de Pasión, regularmente el viernes para no andar del todo á las apuradas, el mayordomo de la iglesia, que era un vecino joven, elegido á principio de año por el señor prior en una terna que le presentaba la Justicia, uncía los bueyes, asobeaba el carro, y provisto de un hocajo ó una hacha pequeña de podar, se iba á Pradecín, ó á las Muelles, ó á Majadavieja, ó á cualquier otro monte donde abundara el acebo, pues de este árbol habían de ser los ramos benditos, no ya por seguir la tradición y costumbre inmemorial de la villa, sino por otra razón todavía más poderosa y apremiante, por la de no haber á tales alturas y en tal tiempo del año ningún otro individuo del reino vegetal con hoja verde.

Puesto en el monte, el mayordomo cortaba ramos de acebo, de dos á tres varas de largos, hasta formar media docena de haces muy bien gordos; porque tenía que haber bastantes ramos benditos para dar uno á cada persona y para que sobrara un buen golpe de ellos, que guardados en un rincón de la sacristía hasta el principio de otra cuaresma, servirían, ya de bien secos, para quemarlos en el pórtico y sacar de ellos la ceniza que se había de bendecir é imponer á los fieles. Vuelto al pueblo con los haces en el carro, llevaba éste á la puerta de la iglesia y allí los descargaba, poniéndolos á la derecha del altar mayor, al lado de la epístola, para ser bendecidos el domingo á la mañana.

Los rapaces que, amigos de dar fe y testimonio de todas las cosas, habíamos acudido al cabecero del puente á ver venir el carro, siguiéndole desde allí hasta la iglesia y viéndole descargar, esparcíamos luego la noticia de si los ramos eran albares ó carbajizos. Porque hay acebos y acebos. Los hay albares, que parecen laureles, con unas hojas aovadas, sin más pinchos que uno insignificante en el extremo superior; y los hay carbajizos ó picones, que tienen las hojas menudamente onduladas y entre cada dos ondas un pincho terrible, de manera que no se puede tocar en ellos.

Generalmente se pretendía relacionar la calidad de los ramos con el carácter del que los cortaba. Y no sin fundamento. Porque el mayordomo que era amable y de buena índole procuraba traer ramos buenos, aunque le costara trabajo hallarlos; mientras el que era un carrafuñas, poco amigo de molestarse en servicio de los demás, solía cortar lo primero que encontraba á mano. Por eso, cuando los ramos eran muy picones ó muy torcidos, arrancaban á la gente estas exclamaciones de burlona ironía:

— ¡Tan suaves son como el que fué por ellos!

— ¡Tan derechos son como el que los trajo!

El domingo por la mañana, en cuanto el sol espléndido de primavera, que se había dado á ver primero en las alturas, descendía á bañar generosamente la villa, sus grandes campanas, envidia y admiración de las aldeas del contorno, comenzaban con alegres repiques y majestuosos volteos á tocar á misa.

Bullía la gente y se preparaba y empezaba á desfilar hacia el templo, situado al extremo oriental sobre un poco de acirate que defiende al poblado contra las acometidas del Esla, río que por ser allí todavía muy joven es muy impetuoso y atrevido.

Por lo regular era aquel el primer día que se calzaban zapatos, arrinconando las madreñas que se habían calzado durante el invierno, para no volver á acordarse de ellas hasta octubre. Con cuenta de que los zapatos debían ser nuevos, recién comprados en la feria de Guardo ó en la de Soto, con el valor del lino espadado ó de algún otro producto elaborado en la invernia. ¡Y pobre del que no estrenara aquel día zapatos ó alguna otra cosa! Pasaría por desmanchado ó por desdioso; porque el refrán lo decía terminantemente: «Quien no estrena en Ramos, no tiene manos.»

Reunida la gente en la iglesia, el prior, que así se llamaba al párroco, por haber tenido antes anejo á la parroquia un priorato de templarios, salía revestido con lujosa capa morada y hacía la bendición de los ramos conforme al ritual. Concluía ésta, empezaba la distribución, cantando mientras tanto en el coro con gran solemnidad D. Salvador y sus compañeros la antífona *Pueri hebreorum...* y repitiéndola cuantas veces era necesario. El prior tomaba el primero de mano del mayordomo su ramo, que era distinguido. Un acebo con frutas, que son unas bolitas encarnadas de muy hermoso efecto entre las hojas verdes; y si esto no se había podido encontrar, se le ponían entre las hojas algunas flores y se le recubría

la vara con papel dorado ó con galón de seda. Después iba dando ramos á los feligreses que se acercaban á recibirlos por orden. Primero el alcalde; y á éste también se le daba un ramo mejor que los demás, aunque no tan lujoso como el del párroco. Por lo menos se la solía quitar á la vara una tira de corteza en espiral, con lo que parecía estar pintada de blanco y verde. Tras del alcalde iban los demás individuos de justicia, el regidor, el procurador; después, los vecinos más ancianos; luego, los más jóvenes y los mozos y los rapaces, y por último las mujeres.

Después se organizaba la procesión, saliendo todos reposadamente del templo, doblando sobre la izquierda y dando la vuelta entera al edificio para volver á entrar por la misma puerta. Al llegar á ésta entraban solamente algunos cantores y cerraban, comenzando desde dentro á cantar el himno:

Gloria, laus et honor tibi...

Respondían otros desde fuera, y después de haber cantado algunas estrofas, el prior abría la puerta dándole un golpe con el mango de la cruz, y entrando empezaba la misa, que oían todos con los ramos en la mano. La espaciosa iglesia gótica (1) presentaba entonces un aspecto sorprendente. Vista desde la tribuna parecía un bosque de acebos suavemente agitado por la brisa, pues apenas se veía la gente debajo de la enramada frondosa.

Todo el mundo asistía á la función con reverencia y compostura; pero como los rapaces siempre andan á «pícame, Pedro, que picarte quiero,» no era raro que alguno mientras la pasión, que es muy larga, arrimara el ramo, al descuido ó con cuidado, á la cabeza de otro y le picara en una oreja, ni que el picado le volviera la emprestada sutilmente, y se entretuvieran luego picándose uno á otro, hasta que algún vecino formal cortaba la cuestión dando un ramascazo á cada uno.

Acabada la función salía la gente de la iglesia y se formaban conversaciones en que se criticaba al mayordomo si los ramos eran malos, ó se le alababa si eran buenos, ó se daba rienda suelta á la risa comprimida dentro del templo, cuando había ocurrido algo que la excitara. Por ejemplo, una vez uno de los cantores, para volver una hoja del misal, dejó su ramo, que por cierto era muy picón, arrimado al balaustre del coro; pero pesando más la copa que la vara, el ramo dió vuelta y cayó abajo, yendo á dar sus punzantes hojas sobre la cabeza de un vecino llamado Juan *Caniajo*, toda calva y lisa como una calabaza. Casi nadie pudo evitar una ligera sonrisa, pero nadie soltó el trapo; reservándose todos el derecho de reirlo fuera, como lo hicieron á su sabor, especialmente cuando un vecino muy sesudo, al parecer, exclamaba comentando el caso: «¡Pobre Juan! Si no es el pelo, le fastidia...»

Luego se iba cada cual á su casa con el ramo en la mano á ponerle junto á la cabecera de la cama, donde estaría hasta el año siguiente que le reemplazara otro nuevo, si antes no había que disponer de él para algún uso medicinal, verbigracia, para sobar el vientre de alguna caballería que se atorzonase, pues se le atribuía contra el torzón virtud probada.

El lunes apenas se conocía que estábamos en Semana Santa, como no fuera en que los estudiantes que habían venido á vacaciones y aun los escolantes más exporrechos andaban por allí canturreando, para ensayarse, la lamentación que habían de echar el miércoles por la noche en las tinieblas. A lo mejor, en un corrillo de muchachos donde era de creer que se estuviera tramando alguna travesura, salía uno cantando con voz lastimera:

¿Quomodo sedet sola civitas plena populo?..

El martes sucedía lo mismo que el lunes: los ensayos de lamentaciones eran casi las únicas señales de estar en Semana Santa. Digo casi porque solía haber alguna otra, como tal cual meneo que, también por vía de ensayo, daban los rapaces á la carraca ó á la matraca. Que no son una misma cosa, por más que los académicos así lo crean y lo enseñen, sino dos cosas muy distintas. Porque en la carraca produce el ruido una lengüeta que cae con fuerza sobre los escalones de una rueda en movimiento; mientras que en la matraca le produce un mazo que girando en semicírculo golpea alternativamente los dos extremos de una tabla.

El miércoles por la mañana continuaban los ensayos de canto y de ruido, y por la tarde había que

(1) En la época á que pertenecen estos recuerdos estaba amenazando ruina y después llegó á arruinarse. Recientemente he conseguido hacerla restaurar con fondos del Ministerio de Gracia y Justicia, gracias á la bondad de mis ilustres amigos D. Trinitario Ruiz Capdepón, ministro en 1894, y D. Antonio García Alix, subsecretario en 1897.

armar el Monumento. En casi todos los pueblos del país el Monumento se hacía, y aún se hace, con sábanas, colchas, mantones, pañuelos y cintas, siendo una operación fastidiosa y larga; pero en Pedrosa había un Monumento de lienzos pintados y no se necesitaba más que armarle. El telón principal representaba una fachada con puerta de arco. A los lados de ésta había pintados dos profetas, Isaías y no recuerdo qué otro. Encima de la puerta se veía un balcón, el balcón de Pilatos, donde este inicuo juez, digno patrono y exacto patrón de la actual judicatura, exhibía ante las turbas á Jesús desnudo, azotado, coronado de espinas, con el rostro ensangrentado y escupido, diciendo *Ecce Homo*, para ver si moviéndolas á compasión podía salvarle la vida sin comprometer su destino. El resto del lienzo estaba pintado de color gris con algunas rayas blanquecinas imitando sillares con sus juntas. En el interior había otros tres bastidores del mismo color, y cerraba el fondo un lienzo extendido delante del altar, teniendo en su parte superior una portezuela que se correspondía con la Custodia y en la inferior una pintura yacente de Jesús difunto y amortajado. Fuera de la puerta había pintadas en tabla dos siluetas de soldados con lanzas guardando el sepulcro.

Al obscurecer, previo el toque habitual, acudía toda la gente á las tinieblas, que á los chiquillos se nos hacían muy largas. ¡Con qué afán contábamos las velas del tenebrario que iban apagándose! ¡Con qué ansiedad esperábamos que se apagaran todas y llegara el momento de tocar la carraca! De cuando en cuando alguno de los más impacientes daba un poco de movimiento á la rueda para que la lengüeta saltara un escalón, y los demás al sentir el castañolido soltaban un prolongado *¡chissst!*, más perturbador que el golpe que le había motivado.

Por fin se llegaba al *Benedictus*, y al concluirle quedaban apagadas todas las velas del tenebrario, menos la *Maria*, la superior, que se entregaba á uno de los cantores para que, seguido de todos los que no sabían el *Miserere* de memoria, se retirara con ella á la sacristía á cantar por el libro los versículos pares.

La iglesia quedaba completamente á oscuras, y el prior, que apenas tenía oído y que, según decía uno de sus feligreses, solía entonar por ce-pa-de-urz, comenzaba con voz de bajo profundo:

Miserere mei, Deus...

Sus acompañantes continuaban con facilidad en una octava más alta: *Secundum magnam misericordiam tuam*, y en la misma cuerda contestaban los de dentro. Pero unos y otros lo cantaban tan solfeado, con unas caídas tan solemnes y unas paradas tan largas, que aquello era una desesperación para los que aguardábamos el momento de hacer ruido. Así es que los golpecitos de escalones sueltos menudeaban mientras el *Miserere* en un modo alarmante.

Al cabo sonaba la última palabra, la palabra *vitulos*, que ya sabíamos que era la nuestra, y nos echábamos á tocar desaforadamente. Un minuto, dos, tres, se nos hacían un instante, mientras á las personas mayores se les hacían un siglo. Se entreabría la puerta de la sacristía y asomaba la luz; pero se volvía á cerrar y á obscurecer, porque alguno de aquellos cantores se compadecía de nosotros y quería protegernos. Por último se abría la puerta del todo y salía la vela; pero hasta que su luz no bañaba toda la iglesia en claro, no cesaba el estruendo.

En seguida se rezaba el rosario y se retiraba la gente á tomar colaciones y á dormir para madrugar al día siguiente.

El jueves se tardaba en tocar á misa para que los labradores aprovecharan la mañana trabajando; porque después ya no trabajaba nadie. A eso de las diez sonaban los toques de costumbre, acudía la gente y empezaba la misa en el altar de San Miguel, que era el de la derecha, porque en el mayor estaba el Monumento. Por cierto que el retablo de aquel altar, muy churrigueresco, tenía unas columnas ceñidas de rama de parra con hermosos racimos de uvas negras, que nos estaban dando una envidia...

Mientras el *Gloria*, que duraba un gran rato, pues se cantaba con toda solemnidad el de la *Misa de Angeles*, la esquila repicaba de continuo y las campanas daban vuelta sin cesar, como para desquitarse anticipadamente del futuro silencio.

Al terminar la misa, los individuos de Justicia y los vecinos más respetables se adelantaban á coger las varas del palio para llevar el Señor al Monumento. Verificábase muy despacio la procesión, cantando el *Pange lingua* y el *Sacris solemnibus*, y en llegando, para incensar, el *Tantum ergo*. Inmediatamente se levantaban de sus sitios muchas mujeres que iban presurosas á depositar las luces que al efecto lleva-

ban preparadas: candeleros y palmatorias con velas de diferentes tamaños adornadas con papeles de colores, velones de cuatro mecheros, de dos y de uno, todos muy relucientes. El mayordomo se encargaba luego de ir poniendo estas luces en orden, por categorías, formando con ellas en el suelo del Monumento dos columnas laterales y dejando en el medio una calleja para poder llegar al Sagrario. A la cabeza de cada columna ponía las velas de á libra, después las de á media libra, detrás las de á cuarterón y más atrás las luces de aceite. Algunas donantes le hacían al oído advertencias relativas á la mayor ó menor extensión de su ofrecimiento, verbigracia:

«Considera como, ya desnudo el Señor, le volvieron á poner la corona de espinas, y luego le mandaron los verdugos con grande imperio al Omnipotente Jesús que se tendiese en la cruz y el poderoso Rey obedeció sin abrir su boca. Y habiendo hecho los barrenos con toda malicia más largos, uno de los verdugos tomó una mano del Salvador y asentándola sobre el agujero de la cruz, otro verdugo la clavó en él, penetrando á martilladas la palma del Señor con

del Divino Redentor, y rezando en cruz á la terminación de cada calvario. Al obscurecer, cuando la mayor parte de la gente se había ido á dar una vuelta por sus casas respectivas, recorrían los rapaces las calles tocando las carracas para avisar que empezaban las tinieblas. Se cantaban éstas como el miércoles y se rezaba el rosario. El viernes eran los oficios muy de mañana. Lectura de profecías, largas preces por todos, adoración de la Cruz... Y acabados los oficios se desarmaba el Monumento. Por la noche tinieblas como los días anteriores,



Multiplicación de los panes; cuadro de Ramiro Lorenzale

— Mira, aquella vela grande con un papel dorado es la mía: cuida de que no se gaste del todo, que quiero que me quede un cabico para encender cuando haya nubes.

— Bueno, contestaba el mayordomo, dispuesto á cumplir el encargo.

En seguida de comer volvía la gente á la iglesia. Unos entraban desde luego á rezar, otros se quedaban á la puerta parleteando, y allí se cambiaban las noticias de si tal ó cual mujer piadosa ayunaba aquel año al traspás, que era no comer ni beber de gloria á gloria, vamos, desde la comida de mediodía del jueves, inmediata al toque de gloria de este día, hasta que tocaban á gloria el sábado, y de si aquella tarde se cantaban algunos versos nuevos, traídos de lejas tierras. Tras de un rato de conversación, los que la habían sostenido entraban también en la iglesia, que estaba obscura, sin más claridad que la de las luces del Sagrario, pues se habían tapado las ventanas. En aquella primera hora reinaba el más absoluto silencio. Cada uno rezaba para sí. Nadie se movía. De vez en cuando el mayordomo, armado de unas espabiladeras y un platillo, entraba dentro del Monumento y desmoquitaba los velones y las velas para que alumbraran mejor, volviéndose luego á su sitio.

A las dos y media empezaban ya los calvarios ó viacrucis, que duraban toda la tarde, pues en cuanto se concluía uno empezaba otro. El primero que se presentaba á decir el suyo era el tío Juanito, que por cierto le decía muy bien, contando los tormentos y las penas de Jesús con voz tan dolorida como si él los estuviera pasando. Decía el viacrucis del padre Fray Juan Vázquez, llamado allí el *calvario largo*, que era el que más gustaba, pues contenía extensas y muy piadosas consideraciones sobre cada esta-

un clavo esquinado y grueso. Después para clavar la otra, como no llegaba al agujero, ataron una cadena á la muñeca, y tirando con inaudita crueldad, ajustaron la mano con el barreno. Pasaron á los pies, y puesto uno sobre otro, con otro clavo más fuerte se los clavaron. Quedó aquel sagrado cuerpo, en quien estaba unida la divinidad, clavado y fijo en la cruz, y aquella fábrica de sus miembros, edificados y formados por el Espíritu Santo, tan descuadernados, que todos los huesos se le podían contar, porque todos quedaron dislocados y fuera de su lugar natural. Desencajaronse los del pecho, de los hombros y espaldas... Y para mayor tormento le volvieron boca abajo para remachar los clavos. No cabe en ponderación los dolores que padeció el Señor en este tormento, ni se sabrá hasta el día del juicio. ¿Pues cuál sería el dolor de la Virgen Madre al oír los golpes del martillo? O como creo que al mismo tiempo traspasaban el corazón de la Madre cuando clavaban las manos del Hijo... Ruégote, Señor, que por estos dolores me des á mí á sentir y llorar mis pecados... Pésame, Señor, de haberlos cometido sólo por ser Vos quien sois...»

Después del calvario del tío Juanito solía decir el *Rosio* otro más breve, con mezcla de prosa y verso. Luego había otro cantado por los mozos, que empezaba así:

Poderoso Jesús Nazareno,
De cielos y tierra Rey universal,
Hoy un alma que os tiene ofendido
Pide que sus culpas queráis perdonar.

Luego había algún otro rezado ó cantado, pues al fin ó al principio de cada estación cantaban las mozas unos versos alusivos á ella... Y todos los oía con devoción la gente, besando la tierra al comenzar y al concluir las estaciones y al conmemorar las caídas

sin más variante que la de que luego, en el rosario, solía cantar Daniel, no el profeta, sino un rapaz con muy buena voz, la *Salve Dolorosa*:

Salve, mar de penas,
Salve, triste madre...

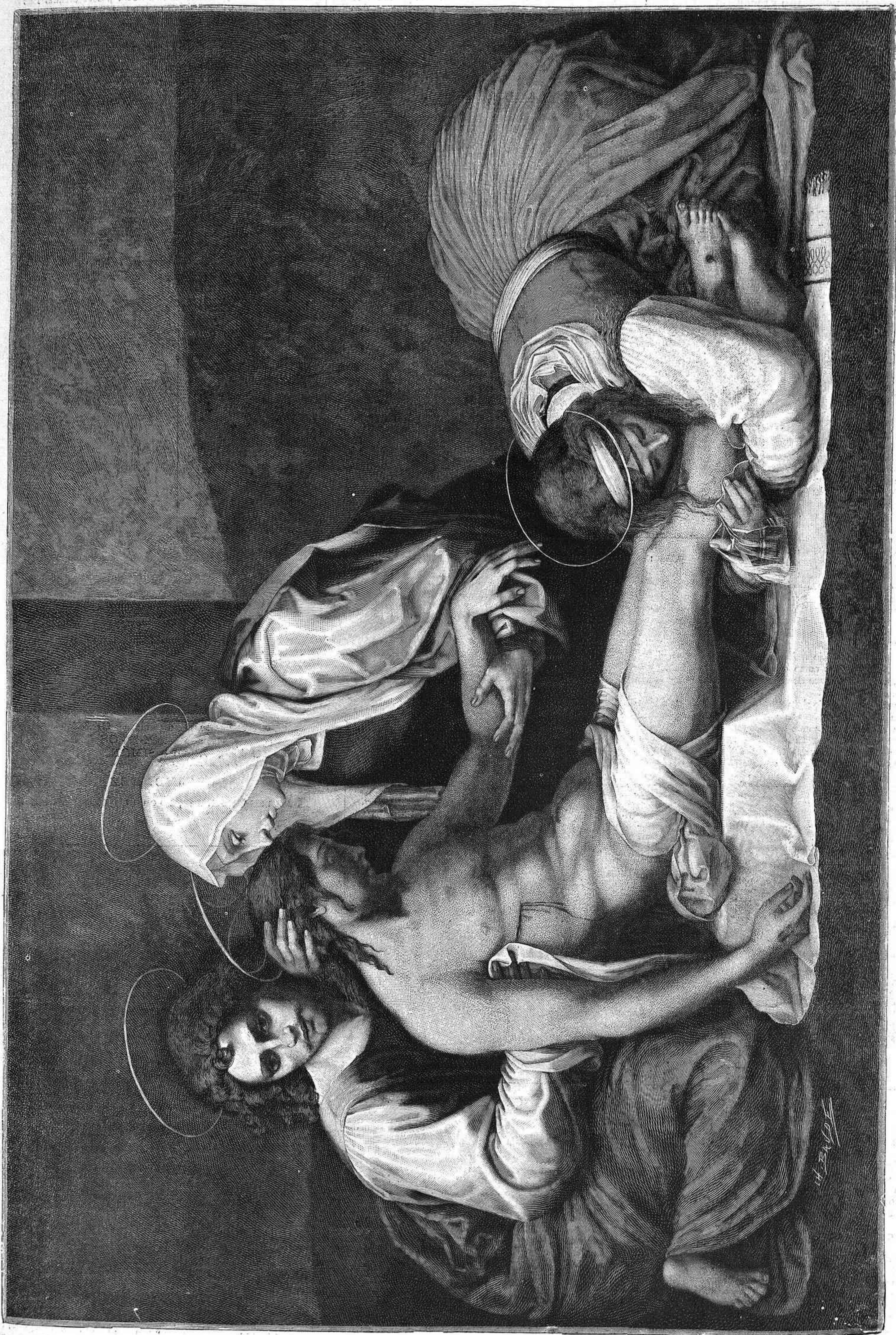
El sábado también comenzaba pronto la función, porque era muy larga. Se bendecía la Pila, se bautizaba el Cirio Pascual, se hacía la lumbrera nueva en el pórtico encendiendo yezca con las chispas de la piedra golpeada por el eslabón, y con la yezca las hojas secas de los ramos benditos del año pasado y tras de las hojas las varas. Se encendían con la nueva lumbrera las lámparas y el Cirio y las Tres Marías, y se cogían de ella brasas para el incensario, empezando después la misa y cantando el *Gloria* con acompañamiento de esquila y con el campaneo correspondiente.

Después de misa y de haber cantado solemnemente la *Aleluya*, el mayordomo se iba al coro bajero y hacía el reparto del agua bendita entre el concurso de solicitantes, que eran mujeres, rapaces y algunos rapaces; en fin, una persona de cada casa. Y era de ver allí el pintoresco desfile de jarras de todas especies, desde la de plata dorada, con esmaltes, pasando por la de China, y la de cristal, y la de loza fina con pintura negra, y la de loza ordinaria con pájaros y flores azules, y la desmochicada y la desasada..., hasta el humilde jarro de Guardo, del color del barro, sin adorno alguno...

Todas entraban en la Pila con igual derecho y todas salían llenas de agua de la que se acababa de bendecir, con la cual, en llegando á las casas, la persona más formal de cada una, empleando como hisopo una rama de acebo desgajada del ramo bendito, aspergearía las habitaciones, los dormitorios, la



LA ASCENSIÓN AL CALVARIO, cuadro de Rubens



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ, cuadro de Fra Bartolomeo que se conserva en la Galería Pitti de Florencia

ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

cocina, la bodega, la cuadra, el corral y todas las dependencias, para purificarlo y renovarlo todo al tiempo de la Resurrección de Jesús, en armonía con la recomendación de San Pablo (1): *Expurgate vetus fermentum...* Purgaos del hurmiento viejo, echad afuera la antigua levadura para que seáis una confección nueva, pues por nosotros se ha inmolado Cristo.

A. DE VALBUENA.

NUESTROS GRABADOS

Casulla y capa pluvial dibujadas y bordadas por D.^a Catalina Narváez de Ruiz. - En el número 939 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con motivo de reproducir una casulla bordada en oro y sedas de colores de la Sra. Narváez de Ruiz, dedicamos á su autora los elogios que por su hermosa labor artística merecía, y señalamos las bellezas, así de composición como de ejecución, que en la obra se admiraban. De mayores alabanzas, si cabe, son dignas la casulla y la capa pluvial que en esta página publicamos, y en las cuales se revelan una vez más los talentos de la notable artista y se advierten un gusto exquisito, un conocimiento profundo de la indumentaria religiosa que podemos llamar clásica y una perfección de bordado de que apenas puede el grabado dar idea. La casulla, estilo siglo XVII, es obra de colosal trabajo y de gran mérito artístico, en la que aparecen hábilmente combinados los arabescos de oro con las hojas y las rosas encarnadas. Los cinco medallones de ejecución muy difícil que entre estos adornos se encierran, representan: el del centro á Jesús con los discípulos de Emaús, y los restantes á los cuatro Evangelistas, todos bordados sobre un fondo trabajado con hilo de oro, en el que las figuras se destacan como esmaltadas. Esta casulla ha sido encargada para el párroco de una iglesia de Barcelona y es una verdadera joya artística.

La capa pluvial, estilo siglo XVIII, es de paño de seda blanco y está sembrada de hojas de trébol de oro, símbolo de la Sagrada Familia, á cuya congregación está dedicada. En el capillo luce un medallón con las figuras de Jesús y San Juan en la última cena: estas figuras están ejecutadas en sedas de colores sobre un fondo de hilo de oro, y resultan con sus colores

reparar en los medios que al logro del mismo han de conducirles; por el contrario, sus obras se caracterizan por la corrección de líneas y por la armonía de los tonos, y en ninguna de ellas se nota la menor discordancia, la más pequeña violencia, la du-

tales artistas del Renacimiento italiano, supo tomar lo mejor de cada uno de éstos y fundirlo en la escuela por él creada. Las figuras que en esta composición entran tienen vida, están tratadas con un vigor admirable y su agrupación revela la mano de un genio, para quien la técnica no ofrece dificultades y que con facilidad pasmosa resuelve los más arduos problemas de perspectiva, de ambiente y de color. *La ascensión al Calvario* tiene un carácter de grandiosidad, una fuerza de claroscuro y un sello de realismo que imponen y que armonizan de una manera perfecta con el trágico episodio de la pasión de Jesús que representa.

El descendimiento de la Cruz, cuadro de Fra. Bartolomeo. - Este célebre pintor italiano de la escuela florentina nació en Savignano en 1469 y murió en 1517, y fué discípulo de Rosselli, cuyo taller abandonó para dedicarse exclusivamente al estudio de las obras de Leonardo de Vinci, haciendo más tarde un viaje á Roma para estudiar á Rafael y á Miguel Angel. Fué el primer pintor que usó los maniqués móviles, con lo cual pudo copiar los ropajes del natural y ser de todos los artistas de su tiempo el que supo trazar los pliegues de las vestiduras con más verdad, gracia y riqueza y del modo más conforme con los movimientos del cuerpo. Sus figuras son de un dibujo perfecto, tienen un encanto particular y revelan en quien las trazara un alma profundamente religiosa, cualidades que sobresalen en la obra suya que reproducimos.



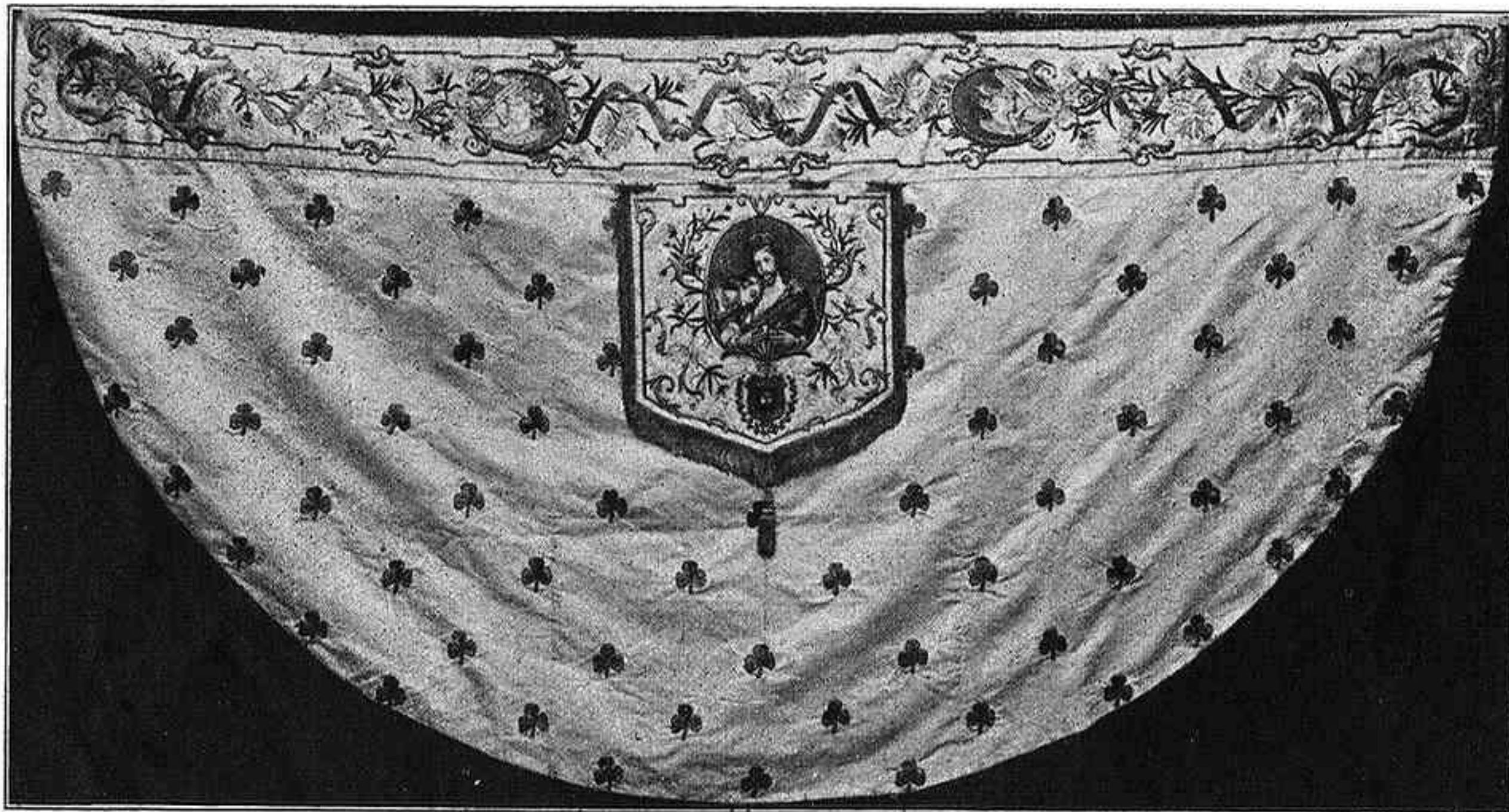
CASULLA ESTILO SIGLO XVII, dibuja la y bordada por D.^a Catalina Narváez de Ruiz

reza más insignificante. La composición que en el presente número reproducimos es una nueva confirmación de su talento en combinar todos los elementos decorativos, al par que una prueba más de que no solamente domina el dibujo ornamental, sino que también la figura y el paisaje, y de que sabe interpretar con verdadero acierto aun asuntos tan difíciles como el que representa la oración de Jesús en el huerto de Getsemaní.

Multiplicación de los panes, cuadro de Ramiro Lorenzale. - Innegable es que los ideales estéticos de este siglo son distintos de los que se persiguieron en los anteriores; mas ayer como hoy, busca el artista fuentes de inspiración en las legendarias y grandiosas figuras de Jesucristo y sus apóstoles, que sintetizarán siempre, sea cual fuere la forma en que se representen, la sublime idea, la santa doctrina que conmovió al mundo pagano y dió á la humanidad el lábaro de su

Cristo yacente, cuadro de José Benlliure. - Este lienzo del genial artista valenciano es una prueba elocuente de la diversidad de sus aptitudes, pues demuestra que José Benlliure, aun siendo por excelencia un pintor de género, puede producir obras bellísimas y de grandísimo mérito en un orden tan diferente del que estamos acostumbrados á ver en sus producciones como el que significa su *Cristo yacente*. La figura del Salvador, admirablemente estudiada, nos presenta en su actitud el reposo absoluto de la muerte y en su rostro se observa esa mezcla de divino y humano que los grandes maestros de todos los tiempos han impreso en el semblante del Crucificado.

Las numerosas personas que emplean la **CREMA SIMÓN** han adoptado asimismo los **POLVOS DE ARROZ** y el **JABÓN** á la **CREMA SIMÓN**.



CAPA PLUVIAL ESTILO SIGLO XVIII, dibujada y bordada por D.^a Catalina Narváez de Ruiz

propios trasunto fiel de lo que fueron estas composiciones en el siglo en cuyo estilo está la obra inspirada. El estolón sostiene también dos medallones con dos ángeles que sostienen filacterias con inscripciones latinas, encerrados dentro de una ornamentación de crisantemas bordadas en sedas y arabescos y cintas de oro ejecutadas á la aguja, formando un conjunto tan artístico como magnífico y elegante.

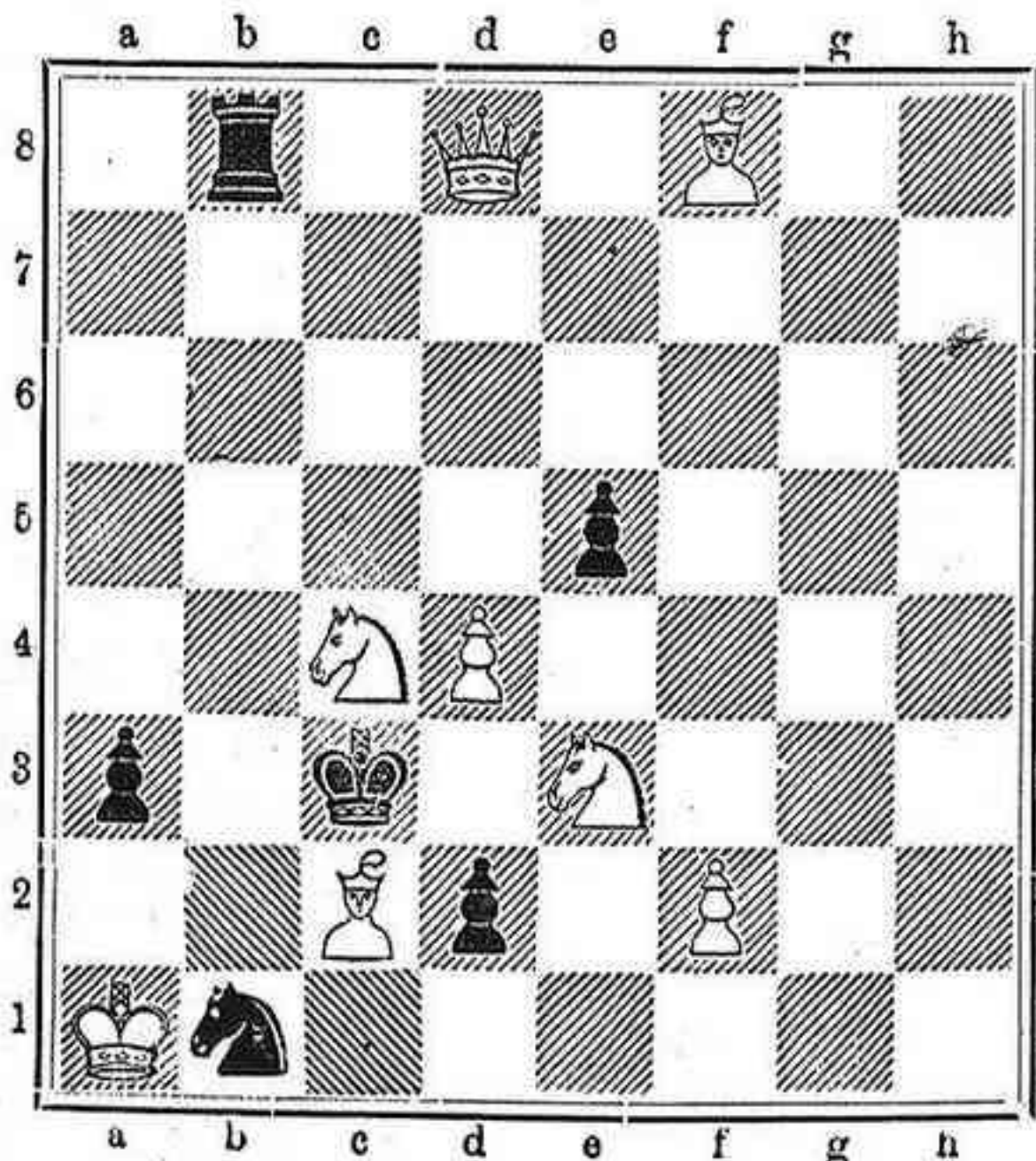
La oración en el huerto de Getsemaní, dibujo de José Triadó. - El distinguido artista catalán, nuestro querido colaborador Sr. Triadó, es sin disputa uno de los que mejor han sabido identificarse con las tendencias del arte decorativo moderno, sin tener que recurrir nunca para ello á la imitación de los modelos que del extranjero nos vienen. Su originalidad es indiscutible, y dentro del género que tan admirablemente cultiva tiene una personalidad propia que imprime un carácter especial en todas sus composiciones. No es tampoco de los que para hacer profesión de modernistas incurrir en extravagancias de dibujo ó de color, de los que buscan el efecto sin

libertad, de su esperanza y de su regeneración. De ahí, pues, que los artistas contemporáneos procuren armonizar las corrientes modernas con el concepto religioso y den cuerpo y forma á la creencia, de manera que la obra se ajuste á los cánones que informan el arte del período en que vivimos. Muestra de ello es el cuadro de Ramiro Lorenzale, inspirado en el prodigio de la multiplicación de los panes, realizado por Jesús en las riberas del lago Tiberiades, que permitió á la muchedumbre reunida escuchar su portentosa palabra. El Sr. Lorenzale, digno continuador de su padre y maestro el respetado D. Claudio, ha dado cima á la obra con recomendable acierto, puesto que sin apartarse de los sagrados textos y sin efectismos ni rebuscamientos y hasta con notable simplicidad, ha producido una obra merecedora de aplauso y que atestigua sus estimables cualidades y grandes alientos.

La ascensión al Calvario, cuadro de Rubens. - Es esta una de las obras que más cabal idea dan del estilo propio del gran maestro flamenco, del ilustre pintor que después de haber estudiado á fondo las imperecederas producciones de sus más eximios predecesores, especialmente de los inmor-

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 235, POR O. NEMO Y M. FLICL.
NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 234, POR A. F. MACKENZIE.

- | | |
|------------------|---------------------|
| Blancas. | Nebras. |
| 1. Ae8-a4 | 1. Tf1 toma D |
| 2. Ca7-b5 | 2. R toma T ú otra. |
| 3. Cd6 ó C mate. | |

VARIANTE

- | | |
|-------------------|-----------------------|
| 1.... Ta1 toma D; | 2. Aa4-b5, etc. |
| 1.... Ta1 toma A; | 2. D toma Tf1, etc. |
| 1.... Ta1-c1; | 2. Aa4-b5, etc. |
| 1.... Ta1-a2; | 2. D toma Tf1, etc. |
| 1.... Otra jugada | 2. Dd1-c2 jaque, etc. |

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.

(1) I. Ad. Cor., V, 7.

CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS, POR E. VON HESE-WARTEGG

(CONTINUACIÓN)



El octogenario y ciego abad de Tsingtau

Las amenazadoras bocas de los cañones que se ven sobre las puertas de la ciudad de Pekín están en su mayoría pintadas en las maderas negras que cierran las troneras. Por todas partes reinan el abandono y la ruina; los guardias de las puertas, envueltos en harapientos uniformes, matan el tiempo dormitando, y detrás de ellos penden de la pared lanzas, banderas, espadas y escudos de las más extrañas formas. Cuando llega hasta ellos la noticia de algún disturbio en la ciudad, ó cuando se

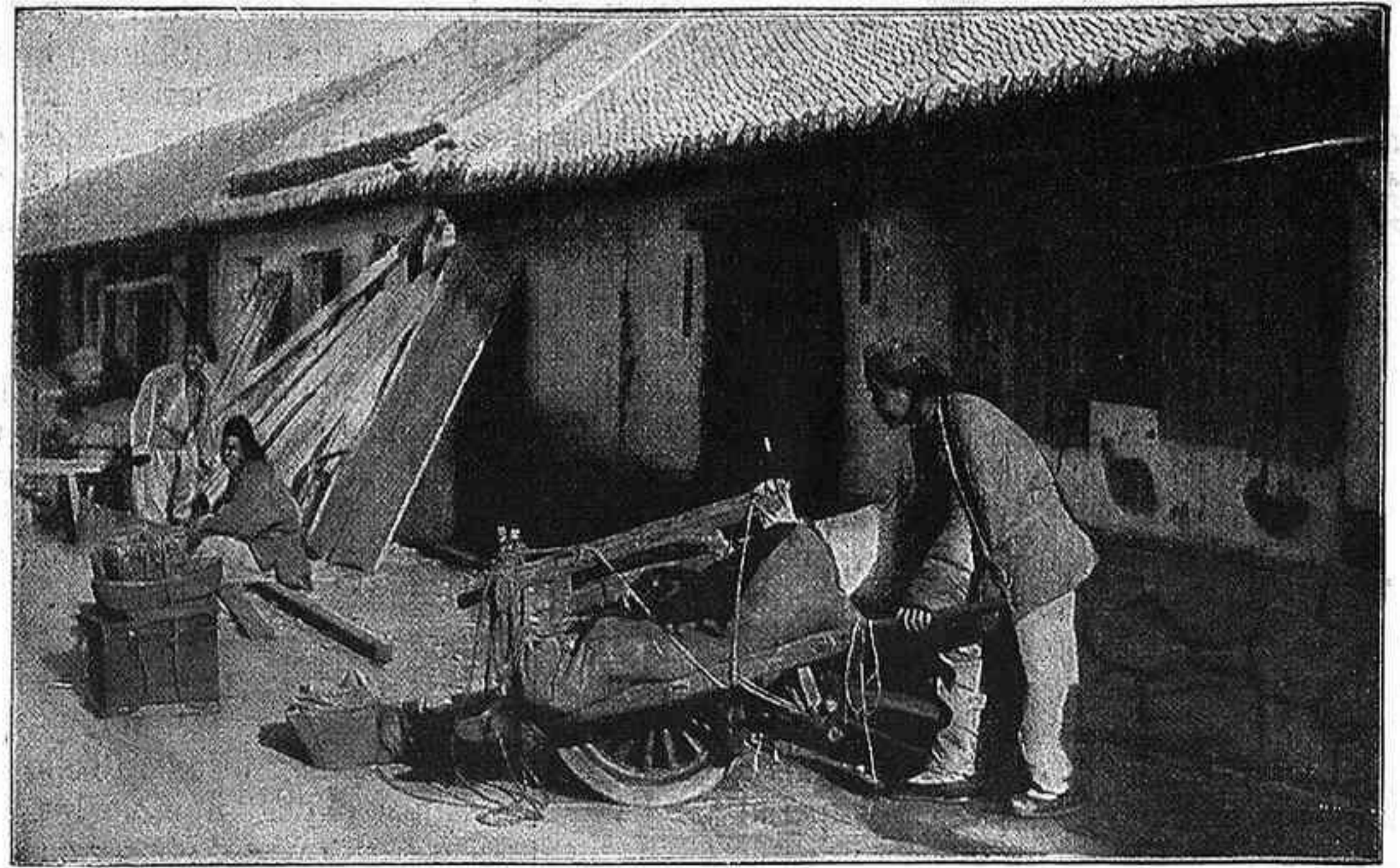
nombra un nuevo gobernador ó se anuncia una visita de inspección de cualquier elevado general, todo se arregla y se limpia al galope, quedando luego todo del mismo modo hasta que ocurre una circunstancia análoga. Las murallas son, sin embargo, útiles para las ciudades por cuanto constituyen el paseo predilecto, si no el único, de las clases acomodadas: en las calurosas tardes de verano se ve pasear por allí centenares de personas, sabios y literatos, comerciantes y jóvenes elegantes envueltos en sus largas túnicas azules, llevando generalmente en la mano izquierda una jaula con algún pájaro cantor ó una codorniz, pues los pájaros son para los chinos lo que para nosotros los perrillos.

Fuera de las puertas, extiéndense en muchas ciudades arrabales en cuyas miserables chozas de barro habitan las clases más pobres de la población y en cuyas calles se nota á veces mayor animación que en la ciudad misma, reinando en ellas una confusión extraordinaria de voces, gritos, empujones, golpes, martilleos, disputas y otros mil ruidos producidos por una multitud desarrapada y sucia que en la calle casi exclusivamente vive, pues hasta á las mismas mujeres parece que les repugna vivir en sus asquerosas chozas de barro. En algunas ciudades se ha construído una segunda muralla alrededor de esos arrabales, siendo preciso atravesar dos puertas para entrar en la ciudad propiamente dicha. También en ésta la vida es agitada, aunque no tanto como en los arrabales, y de todos modos más distinguida que en éstos. La red de calles de las ciudades chinas presenta generalmente mayor regularidad que la de las antiguas poblaciones europeas: las calles se cortan en ángulo recto; los ríos y canales se atraviesan por medio de numerosos puentes, por lo regular muy empinados para permitir el paso de los barcos, y si las cosas pasaran allí tales como las previeron los fundadores de la ciudad y las autoridades, la permanencia en esas poblaciones no sería del todo desagradable; pero desgraciadamente los chinos tienen una cualidad característica que encontramos en la mayoría de los otros pueblos de Oriente, hasta el Mediterráneo, cual es la de dejar los paseos, las casas, los templos y los palacios abandonados á sí mismos hasta que caen en ruinas, sin hacer en ellos, salvo en casos muy excepcionales, reparación alguna. Además los chinos únicamente emplean la piedra como material de construcción en las pagodas, en los palacios imperiales y en algunos templos y puertas de honor; las casas generalmente las construyen de madera y barro y á lo sumo de

adobes. En Hangtchau, Sutchau, Ningpo, Tchinkiang y en otras muchas ciudades, sin embargo, se construyen de piedra ó de ladrillo los muros de cimentación hasta la altura de un metro sobre el nivel del suelo; sobre estos muros se disponen después unos dobles armazones verticales de tablas de la misma altura que ha de tener la casa, planta baja y un piso como máximo, y entre las dos paredes de tablas se amontona tierra húmeda y barro, que se apisonan bien, y cuando están secos se quitan los dobles armazones. Sobre aquellas paredes de barro se apoyan las vigas del techo, se construye éste con ladrillos cocidos y ya está hecha la casa. Las ventanas se cubren con papeles; pero en algunas ciudades, especialmente á lo largo de la costa, se encuentran muchas con cristales. En ninguna casa hay chimeneas; en el Sur éstas no son necesarias, y en el territorio del Yangtsekiang las gentes se calientan en invierno, como en el Oriente mahometano, con braseros de carbón vegetal. En el Norte, hasta Corea, el humo de la cocina pasa por debajo del suelo, calentando de este modo las habitaciones. Si la casa tiene, además de la planta baja, un piso, éste contiene las habitaciones propiamente dichas, á las cuales se sube por medio de una escala de madera muy empinada.

Ya se comprenderá que estas casas no pueden resistir largo tiempo las inclemencias atmosféricas; por esto se encuentran en las ciudades chinas tantas ruinas y tantos montones de escombros, y por esto no se ven en aquel país, de civilización tan antigua, monumentos de pasados siglos, como se conservan todavía en otros países que hace tiempo han pasado á la historia, Babilonia, Asiria, la antigua Grecia, el antiguo Egipto. En estos pueblos la civilización ha

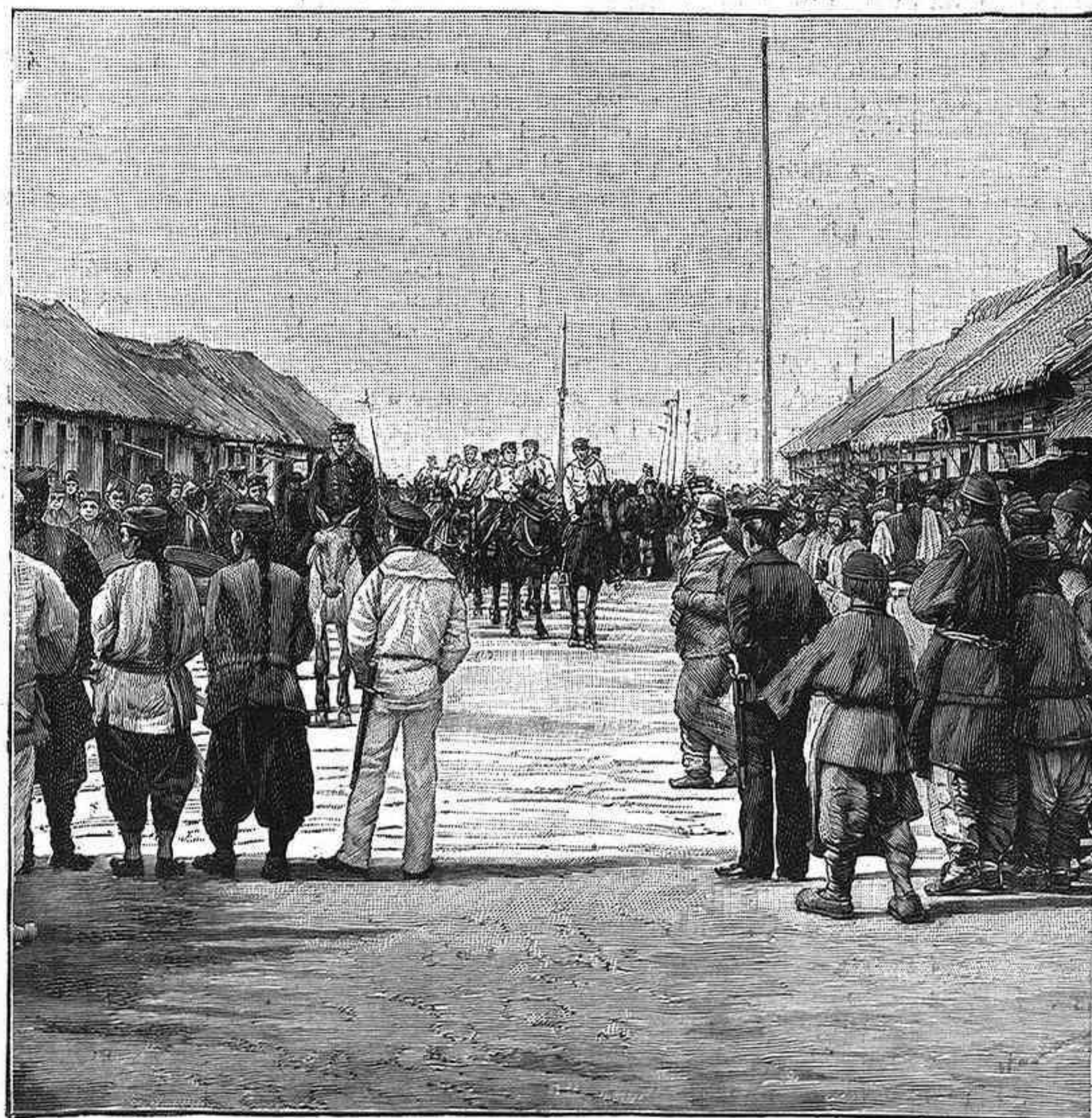
desaparecido, pero los colosales edificios de piedra son testimonio de su antiguo esplendor; en China, en cambio, la civilización subsiste, pero faltan los monumentos de piedra, y los que existen todavía, tales como pagodas de piedra ó de ladrillo, puertas de honor, murallas, etc., no se remontan en su mayor parte más allá del siglo VIII ó IX y están irremisiblemente condenados á completa ruina. El comercio y el tráfico se concentran en tres ó cuatro calles principales, si tal nombre merecen los estrechos callejones de tres ó cuatro metros de anchura. En las ciudades del Norte las calles son más anchas y están calculadas para el tránsito rodado, y los comercios están agrupados generalmente por industrias: aquí



Carretero chino

los joyeros, junto á ellos los libreros ó papeleros, allí los sombrereros, los sastres, los abaniqueros, los estereros y los ebanistas, lo mismo que antes sucedía en muchas ciudades de Europa. Las calles laterales son más tranquilas, pero los barrios más silenciosos son aquellos en donde están situados los *yamen* de las autoridades y las viviendas de los ricos cercadas de altas paredes. Dentro de este distrito, ó inmediata al mismo, hay en la mayor parte de las capitales de provincia una ciudad especial, también amurallada, en la que se encuentran las casas de los guerreros mandchúes y que se llama la ciudad tártara.

Las ciudades chinas, como las mahometanas, distingúense ante todo por la suciedad y las inmundicias. Cierto que en muchas de ellas hay cloacas abiertas en el centro de las calles principales y cubiertas con baldosas; cierto que á lo largo de la línea de casas hay estrechos canalizos de desagüe; pero nadie se cuida allí de los empedrados ni de las cloacas, y así sucede que cloacas y empedrados viven hace tiempo en amistosa unión; que el que pisa las piedras mal afirmadas cae dentro de una cloaca, y que en los montones de basura, adonde se ve uno con frecuencia empujado por la multitud, se tropieza con piedras. En algunos sitios las cloacas se han buscado una salida en los canales, lo cual no es óbice para que en éstos laven por las mañanas las amas de casa cuidadosas el arroz y las legumbres para sus comidas. En las casas de los ricos están las cosas mejor dispuestas. En las ciudades chinas, donde todas las profesiones están agrupadas en gremios, hasta los faquines, los barberos y los mendigos, hay un gremio de vaciadores de canales, que vienen á ser nuestros basureros, y que por un precio módico sacan diariamente la basura de las casas de los que



La calle principal de Tsingtau, ciudad que forma parte de la concesión alemana en China

les pagan, y en unas cubas pendientes de unos palos que se ponen sobre los hombros la llevan fuera de las puertas de la ciudad ó á las plazas que hay junto á las calles principales, y allí la dejan para que el sol la seque. Los olores que en estas condiciones se respiran en las ciudades chinas pueden suponerse más bien que explicarse.

Naturalmente, no hay que pensar en que el viajero europeo encuentre alojamiento cómodo, pues si bien en todas las ciudades hay hoteles chinos, cualquiera preferiría ciertamente pasar la noche en uno de nuestros establos de vacas que en aquellos otros llenos de inmundicia y de insectos, que, situados por lo general en el primer piso, sólo contienen lechos de tablas puestos en las paredes como las literas de los camarotes y que es preciso compartir con viajeros chinos. Sobre aquellas tablas hay extendidas estereras sucias y en invierno mantas de lana más sucias todavía. En cuanto á comodidades para lavarse, desnudarse, etc., no se encuentra allí ninguna. Las habitaciones sin ventanas están impregnadas de los más repugnantes olores, entre los cuales predomina el humo del opio. Por añadidura, en el piso bajo reina durante toda la noche una gritería espantosa y cuando ésta cesa por un rato, los incesantes ladridos de los perros y el continuo roer de los ratones no permiten descansar. Y cuando al despuntar el día se levanta el viajero, no es raro que se encuentre con que han desaparecido su maleta, su dinero y todos sus efectos. Afortunadamente encuéntrase ya hoy en la mayoría de las ciudades misiones cristianas con misioneros europeos y á ellas suelen dirigirse desde luego los viajeros en demanda de su hospitalidad.

Después de las pagodas de varios pisos y de los templos de Buda, los edificios más suntuosos son los *yamen* de las autoridades gubernativas: los de los mandarines supremos, que generalmente tienen la categoría de *taotais*, se distinguen por dos altos mástiles colocados delante de la puerta; si en la ciudad reside un gobernador de provincia, delante de su *yamen* hay cuatro de estos mástiles y los tejados de su vivienda están cubiertos de ladrillos amarillos esmaltados, como en el palacio imperial de Pekín. También respecto de los *yamens* reina en China una gran uniformidad, así es que el que ha visitado uno de estos conjuntos de edificios puede recorrerlos todos sin necesidad de guía. Así como en las antiguas ciudades de Europa las oficinas públicas están á menudo instaladas en distintos edificios muy distantes entre sí, en las ciudades chinas todas están reunidas dentro de los muros del *yamen*: guardia de la ciudad, cárcel, audiencia, policía, caja y finalmente las casas de los empleados. Los diversos edificios se levantan unos al lado de otros formando ángulo recto y comprenden varios patios cuadrangulares, el más interior de los cuales contiene la vivienda del *taotai*.

El vestíbulo del *yamen* sirve de punto de reunión á las clases pobres de la ciudad y de lugar de juego para los niños, pues aunque los chinos tienen un respeto idolátrico por el representante del gobierno, esto no es óbice para que en el vestíbulo de su palacio sequen su arroz ó su ropa sucia ó se dediquen á diversos trabajos. Desde aquel lugar tres puertas, siempre orientadas al Sur, conducen al interior: la del centro, que es la más grande, sólo se abre con motivo de solemnidades especiales, y en sus dos hojas macizas y negras hay pintados dos gigantes figurones monstruosos encargados de ahuyentar á los malos espíritus; la puerta de la izquierda permanece también cerrada y no se abre más que para dar paso á los condenados á muerte; la de la derecha es la puerta de entrada ordinaria. Encima de las tres puertas hay un pequeño tejado de ladrillos, en el cual están clavadas grandes tablas de madera que contienen escritos en caracteres dorados los títulos y las dignidades del mandarín supremo. En la parte interior de la puerta de entrada se ve colgado un gran tambor para los que quieren pedir al mandarín amparo y justicia; en cuanto éste oye los golpes del instrumento, está obligado á recibir inmediatamente al solicitante y á satisfacer sus deseos. Estos tambores los he encontrado también en el Norte de China y hasta en las ciudades de Corea; pero muy pocos podrán vanagloriarse de haber oído sus redobles, y no porque en China no haya quien pueda quejarse de una injusticia, sino más bien porque los chinos, á consecuencia de las arbitrariedades y de la codicia de los mandarines, procuran solventar sus diferencias de cualquier modo antes que confiarlas al fallo de aquellos funcionarios.

De los dos edificios de planta baja con saledizos de ladrillo que abarcan el primer patio, el de la izquierda es la cárcel y el de la derecha el cuerpo de guardia, de cuyas paredes pende por lo general una colección de armas antiguas, espadas de doble filo y de variadas formas, lanzas, tridentes, escudos,

banderas, etc., y muy raras veces armas de fuego. El edificio que se levanta enfrente de la puerta es una especie de pórtico con una puerta, comúnmente cerrada, que conduce al segundo patio: allí celebra sus sesiones el tribunal, y durante la noche los centinelas señalan las horas tocando un gongo que hay colgado en un rincón.

A la otra parte de aquel pórtico se encuentra un segundo patio: los edificios que en los dos lados del mismo se levantan son las oficinas de los secretarios. El que se alza en el lado central está destinado á salón de recepciones del mandarín; sus paredes están cubiertas con bellas esculturas de madera; de su techo penden varias lámparas; en la pared del fondo hay un estrado de unos dos pies de alto con una mesita para te y algunas almohadas encarnadas, en donde se colocan generalmente el mandarín y sus visitantes, y á los dos lados de la sala alternan los *icha ki* (mesitas para te) esculpidos con las butacas esculpidas también. Este salón de recepciones se comunica por medio de dos puertas laterales con las habitaciones particulares del mandarín, situadas en otro edificio que se levanta en un tercer patio.

Los funcionarios del *yamen* son únicamente los representantes del gobierno imperial nombrados por éste, no los funcionarios municipales. La administración de la ciudad es elegida, como entre nosotros, por los ciudadanos y sólo el barrio tártaro de las diversas ciudades donde le hay depende directamente de los funcionarios imperiales. Según sean más ó menos grandes, las ciudades se dividen en distinto número de barrios, cada uno de los cuales comprende de sesenta á cien familias; pero no se crea que una familia sea allí lo que es en Europa, sino que á menudo la componen algunos centenares de individuos que viven reunidos en grupos de casas especiales amurallados, juntándose en ellas abuelos, padres, hijos y nietos que á veces forman veinte ó cuarenta familias de un mismo origen. Los más ancianos de cada uno de estos grupos de familias, denominados en chino *kiatchang*, constituyen una especie de ayuntamiento y eligen de entre ellos un *paotching* (el más anciano), el cual nombra los distintos funcionarios de su barrio y ha de hacer cumplir en éste las disposiciones de su consejo municipal referentes á limpieza, vigilancia y seguridad. Para los intereses comunes á todos los barrios los consejos municipales de éstos eligen representantes especiales, por encima de los cuales está finalmente el mandarín del gobierno ó *taotai*.

No se crea que estos mandarines pueden explotar y oprimir fácilmente á los pueblos sometidos á su autoridad, pues lo mismo que he observado en Corea sucede en China, que al fin y al cabo no es más que una Corea grande. Y lo que sucede es que cuando un mandarín se porta muy mal, la población de la ciudad lo arroja de ésta sin cumplidos y sin que puedan reclamar en contra el gobernador de la provincia ni aun el mismo gobierno de Pekín. En cambio, si los ciudadanos están satisfechos de la administración del *taotai*, le manifiestan su agradecimiento de un modo muy particular: cuando termina el tiempo de su servicio, todos los miembros del consejo municipal se dirigen al *yamen* y piden al mandarín, en su florido lenguaje, que regale á la ciudad un par de sus botas; si accede á esta súplica, que constituye una honra especial, el par de botas es llevado entre banderas y al son de músicas en procesión solemne hasta la puerta meridional de la ciudad y colgado allí dentro de una especie de jaula, en donde permanece hasta que se cae á pedazos.

Mas no es sólo el consejo municipal el que se ocupa de la cosa pública; también el pueblo bajo se reúne á menudo para deliberar sobre los asuntos del común, celebrándose estas asambleas en unos locales especiales con grandes patios, en donde suelen montar sus teatros las compañías de cómicos ambulantes y en donde se verifican asimismo las riñas de gallos y de codornices. Las clases bajas del pueblo, en extremo supersticiosas, se dejan sublevar fácilmente por agitadores, sobre todo cuando en algún sitio de la ciudad se ha violado el *feng-chui*, palabra que literalmente traducida quiere decir viento-agua, pero que significa propiamente la protección contra los malos espíritus que en China vagan por todas partes, lo mismo en el aire que en el seno de la tierra, y que procuran siempre causar algún daño á los chinos. La dirección al Sur es la afortunada, y por esto todos los edificios oficiales tienen en aquel país sus principales fachadas orientadas al Mediodía. Delante de las puertas de las casas particulares hay levantadas unas paredes aisladas que sirven para detener á los malos espíritus. Ningún edificio, aunque se trate de una pagoda ó de un templo, puede ser más alto que otro, y los extranjeros, los misioneros especialmente cuando construyen sus casas han de va-

larse de todas las astucias para tranquilizar á los chinos. Hasta los mástiles para las banderas y los postes telegráficos destruyen el *feng-chui*, y la mayor parte de motines y sublevaciones contra los misioneros reconocen por causa esta necia superstición. En Ningpo, el cónsul americano quiso de todas maneras poner delante de su casa un alto mástil para la bandera, y como, amparado por los buques de guerra, pudo realizar su voluntad, los chinos levantaron cerca de aquel mástil otro más alto con una grotesca figurilla diabólica para contrarrestar su influencia. En las ciudades chinas rara vez se encuentran canales largos y rectos, porque por ellos podrían circular fácilmente los malos espíritus; y allí donde tales canales existen, están interrumpidos por islas artificiales ó cruzados por numerosos puentes de distintas alturas. Las calles rectas permitirían también la cómoda circulación de los malos espíritus; de aquí que cuelguen en medio de ellas y delante de las casas los rótulos de las tiendas que naturalmente han de desviar á los diablillos.

Del mismo modo que en las ciudades chinas no hay conducción de aguas ni canalización, tampoco hay alumbrado público. Hasta las nueve ó las diez de la noche se nota bastante animación en las calles comerciales y las lamparillas de aceite de las tiendas abiertas de par en par arrojan sobre aquéllas luz suficiente; pero después de aquella hora las puertas se cierran, se ajustan ruidosamente las tablas de cierre de los aparadores, se apagan las lámparas y por doquiera reinan la obscuridad y el silencio. Sólo en contados sitios, en los cruces de las calles y en las subidas de los puentes, brillan macilentas luces costeadas por todos los habitantes de una calle ó por la liberalidad de alguno de ellos. Los transeúntes rezagados que precipitadamente se dirigen á sus casas llevan linternas de mano para no tropezar por aquellas descuidadas vías ó para no caer en los agujeros que á menudo se abren en el suelo. A media noche cesa toda vida callejera, y sólo se oyen los pasos de los serenos y los golpes que dan contra el empedrado con sus palos de madera ó de hierro: estos vigilantes nocturnos dan cada dos minutos fuertes golpes en un gongo para indicar que velan, y he de confesar que nada me ha molestado tanto durante la noche como estos golpes sordos y solemnes que cada vez me despertaban. Si pasa alguien por la calle y por casualidad se despierta un perro, inmediatamente se ponen á ladrar cien ó mil de esos animales y arman tal escándalo por espacio de media hora, que es imposible á los que en ella viven conciliar ó conservar el sueño.

Los serenos no son naturalmente ninguna defensa contra los rateros y ladrones con fractura, puesto que con el ruido de sus pasos y de sus palos anuncian desde lejos su presencia; pero á menudo marchan detrás de ellos, á una distancia de unos doscientos pasos, otros vigilantes silenciosos, los cuales consiguen no pocas veces coger en flagrante á los criminales.

A las dos ó á las tres de la madrugada empiezan á cantar los gallos, luego apunta el crepúsculo y al poco rato la ciudad despierta de su sueño: entonces vuelve á oírse el estrépito de puertas y tablas, empieza á salir humo de las bajas chimeneas y los habitantes cuecen el arroz de su desayuno y se disponen para la nueva jornada. Por muchos pobres que haya en las ciudades chinas, nunca les faltan aun á los más pordioseros, como no sea en época de hambre, arroz, legumbres y pescado con que alimentarse. Los dones de la fortuna no están repartidos en China tan desigualmente como entre nosotros, y si en el Imperio del Centro no hay un lujo y una riqueza tan ostentosos como en Europa, en cambio tampoco hay tanta miseria pública y oculta.

CAPÍTULO XVI

Á TRAVÉS DE SCHANTUNG

Con Tsingtau sólo ha conquistado el Imperio alemán una puerta hacia el vasto y desconocido país interior; éste, no aquella ciudad, es importantísimo para el comercio alemán, pues de él y de su apertura dependerá el que el nuevo puerto de la costa china adquiera una importancia superior á la de una estación de carbón y de un punto de apoyo para la marina alemana que justifique la creación de factorías, de grandes muelles, faros y fortificaciones.

Adondequiera que dirijamos nuestra mirada, solamente encontraremos grandes puertos mercantiles florecientes en aquellos puntos en los cuales existan vías navegables que conduzcan á un país interior fértil y densamente poblado, ó en que las condiciones del suelo hagan posible el establecimiento de

ferrocarriles, que son el equivalente más importante de las vías acuáticas.

¿Hasta qué punto reúne estas condiciones el país que se extiende detrás de la China alemana? ¿Qué hay allí? ¿En qué se fundan las esperanzas de un próspero desenvolvimiento del germen que los marinos alemanes sembraron en las apartadas costas de Schantung? ¿Quién conoce de visu esa región? Lo que acerca de ella ha llegado hasta ahora á Occidente descansa en su mayor parte en simples rumores. Desde que en el siglo XIII el ilustre veneciano Marco Polo recorrió el remoto Cathai y con sus maravillosas descripciones del colosal Imperio chino llenó de asombro al viejo mundo, sólo unos pocos viajeros ingleses, principalmente misioneros, han visitado algunas comarcas de Schantung. Un alemán siguió hace treinta años las huellas de aquellos viajeros, pero atento únicamente á fines científicos. Y lo que uno y otros han referido, junto con lo que de Schantung cuentan los chinos, en este punto muy poco dignos de crédito, ha constituido hasta este año la base de nuestros conocimientos en esta materia; pero nadie nos ha dicho, como resultado de su propia experiencia, lo que de allí puede sacar el comercio, qué porvenir ofrece un puerto en aquella costa. Desde este punto de vista, así como en cuanto se refiere á la geografía y á la etnografía del país, Schantung es, en su mayor parte, una tierra desconocida.

Y sin embargo, pocos territorios del gran continente asiático son más interesantes y ofrecen tan ancho campo al estudio del viajero como Schantung, pues aun prescindiendo de los tesoros minerales que aquella tierra esconde y de los particulares usos y costumbres de los habitantes de aquel país que se extiende entre el río Amarillo y el gran Canal imperial, allí está, en la falda meridional de la pintoresca montaña del Schantung central, el territorio sagrado de China. Allí nació el gran fundador de la religión de los chinos, Confucio; allí nacieron sus apóstoles

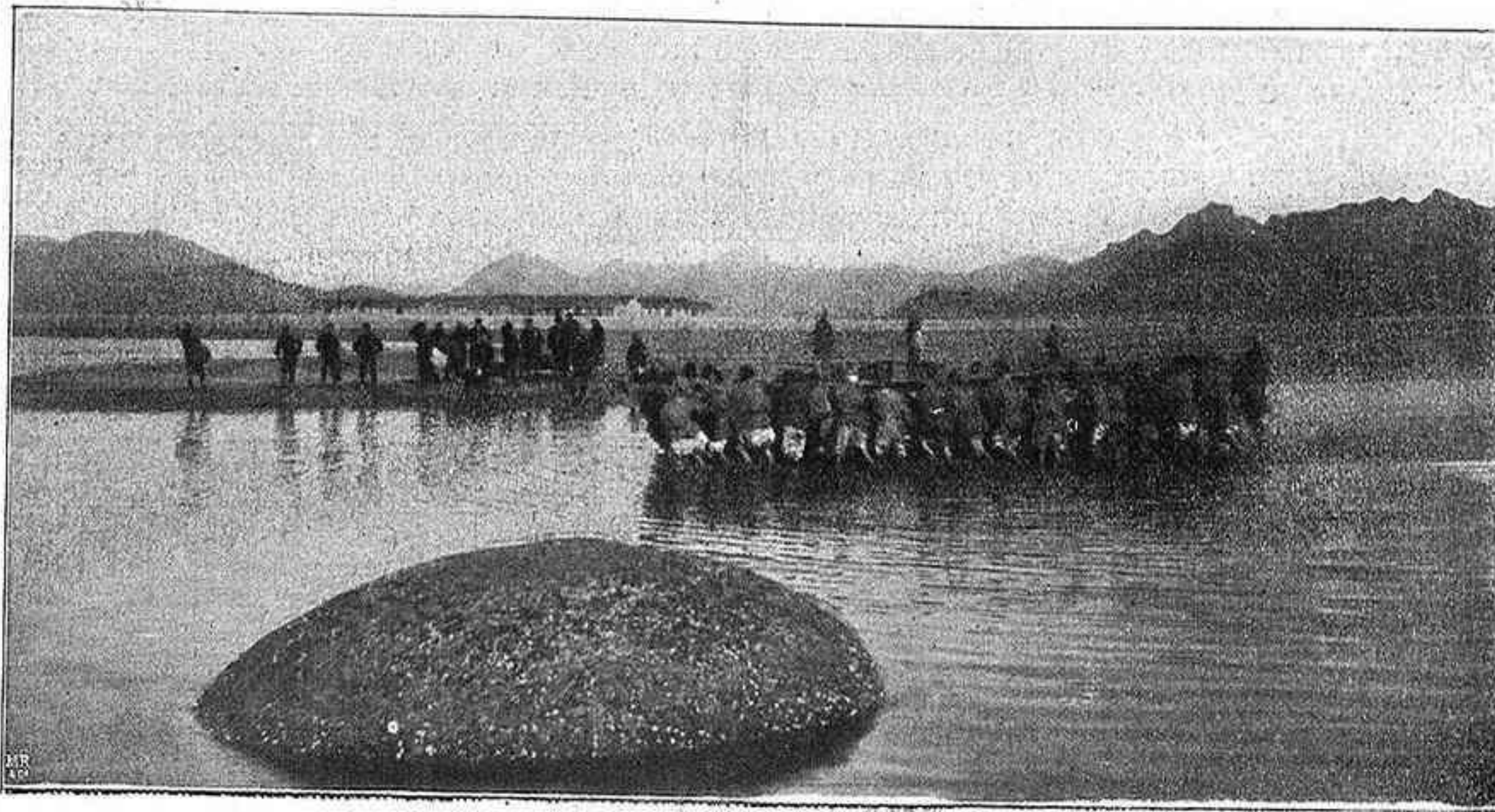
luego se propagan por todo el imperio; no lejos de ella álzase la legendaria montaña sagrada de China, el Taishán, con sus innumerables templos, altares propiciatorios y monumentos imperiales; y á los pies de la montaña sagrada extiéndese la Meca china,

la bahía, la ciudad era famosa. El pequeño junco en que íbamos, tripulado por cinco indígenas, embistió infinidad de veces aquel fondo fangoso sin poder adelantar un paso hasta que la marea nos empujó hacia un canal, cuya anchura era apenas de cuatro pasos, y al fin nos detuvimos cerca de una miserable aldea china denominada Tapautau. Allí encontré, por haberlos solicitado el día antes del mandarín de Kiautchú, tres carros de dos ruedas tirados por tres rocines que, junto con un caballo de silla para mí, constituían todos los medios de transporte de mi caravana para un viaje de dos meses.

Kiautchú, puerto en otro tiempo tan floreciente, está hoy situado á muchas horas del golfo, en tierra firme, y nada por consiguiente más impropio que hablar de puerto refiriéndose á aquella ciudad. El nombre de Kiautchú, como designación de la posesión alemana en China, debería desaparecer de todos los periódicos y del

lenguaje corriente, substituyéndolo por el de Tsingtau: este es el puerto alemán que dista de Kiautchú un día y medio por tierra. Decir Kiautchú en vez de Tsingtau es lo mismo que si en Alemania, en vez de nombrar la ciudad alemana de Emden, nombráramos la población holandesa de Groningen. A pesar de la guarnición de infantería de marina alemana que hay allí desde el año 1897, Kiautchú está completamente bajo la dominación del «Hijo del Cielo», en cuyo nombre la gobierna un anciano mandarín llamado Lo. Ciertó que se halla dentro de la zona de la llamada «influencia alemana» y que ninguna medida de gobierno puede adoptarse sin el consentimiento de los alemanes; pero, esto no obstante, la ciudad y todo el territorio son indiscutiblemente chinos.

Aun cuando Kiautchú, considerada según las ideas europeas, apenas es algo más que un gran burgo rodeado de altas murallas, los chinos la tienen por ciudad importante, según indica el nombre «tchú» que lleva. Las ciudades de primera categoría se denominan en China «fu», como Tsinanfú, la capital de

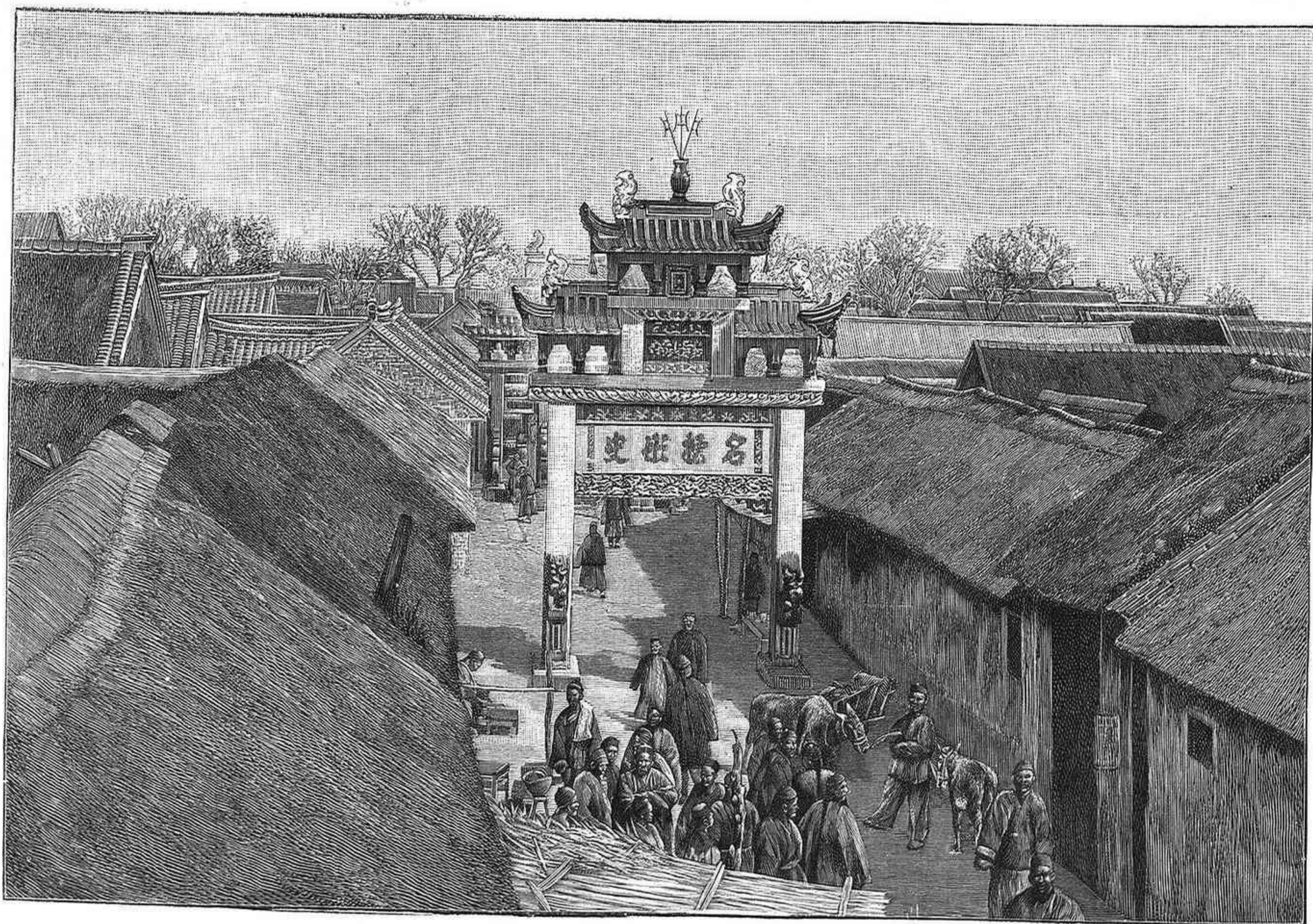


Botadura de un barco chino

la gran ciudad de las peregrinaciones, Taingán.

Todos estos eran estímulos más que suficientes para inducirme á emprender desde el puerto alemán de Tsingtau un viaje por la provincia de Schantung, tan grande como la Alemania del Sur, incluso el territorio imperial. Mis anteriores viajes por el vasto Imperio del Centro me habían probado que el que recorre el país chino tiene que despedirse antes de todas las comodidades que el viajar á la moderna ofrece y de toda comunicación con el mundo exterior. En China el viajero no puede contar más que consigo mismo y con sus propios recursos; y como en Tsingtau el tráfico mercantil pertenece todavía al porvenir, hube de proveerme en Shanghai de todo lo necesario para el viaje, utensilios de cocina inclusive.

En un día de marzo frío, lluvioso y tempestuoso, salí de Tsingtau, acompañado de mis criados y fotógrafos chinos, embarcándome en un miserable junco y haciendo rumbo á la ciudad de Kiautchú, al través del golfo de este nombre. Actualmente no



Calle principal de Kaumi

Mencius, Tse-Tse y otros; allí se conservan todavía cuidadosamente guardadas por sus descendientes las tumbas de aquellos sabios. En una gran ciudad, Yentchu-fu, se estudian y explican sus doctrinas que

existe otra comunicación con Kiautchú, á menos de que se quiera ir por tierra dando á caballo la vuelta por el ancho golfo. Hace siglos, cuando no estaba aún cegada como ahora la mitad septentrional de la

Chantung; las de segunda «tchú», como Kiautchú, Tsingntchú, y las de tercera, ó sean las capitales de distrito, «hsien», como Weihsien, Pochansien.

(Continuará)

JERUSALÉN

Sobre una meseta de suave pendiente y á unos 800 metros sobre el nivel del mar álzase la ciudad de Jerusalén, dominando la vasta región de que fué señora. Por una ironía de la suerte, esa capital que ha sufrido veinte sitios y asaltos, fué bautizada con el nombre de Ursalimnu, que significa «lugar de la paz.»

Jerusalén no ha podido naturalmente sustraerse á la influencia de la civilización y de la técnica europeas, y de ello son prueba el ferrocarril que desde Jaffa se dirige á la ciudad santa y los hoteles modernos y los nuevos barrios que en la misma se levantan. Pero todo esto no es más que el barniz que apenas

solo objeto de morir allí y ser enterrados en el valle de Josafat junto á las sepulturas de sus mayores.

Los barrios mahometanos orientales de Jerusalén apenas se diferencian de las demás ciudades de Oriente. Las calles uniformes y sucias no ofrecen más signo de vida que los huecos practicados en las paredes, desde los cuales los mercaderes ofrecen en pintoresco lenguaje sus géneros, siguiendo el principio común á todos los pueblos de despachar sus mercancías al más alto precio posible.

Lo que significa para el arte la dominación musulmana en Palestina lo demuestra el soberbio monumento que ha erigido en Jerusalén, la mezquita de Omar. Lejos de todo ruido, visitada por los mahometanos únicamente en peregrinación, en medio

Tito se cumplieron las profecías que habían anunciado que no quedaría piedra sobre piedra de la ciudad sagrada. El santuario judío se derrumbó y con él dejaron de formar una nación los hijos de Israel.

Una nueva cultura, la gastada cultura de Occidente, penetró en aquellas regiones, y en tiempo de Adriano se edificó en aquel sitio sagrado un templo á Júpiter; pero este período pagano fué de corta duración, y una vez terminado, los cristianos cubrieron con toda clase de escombros é inmundicias aquellos lugares para hacerlos repugnantes á los judíos.

Poco después el islamismo sentó allí sus reales. El califa Abdul Melik (no Omar, como dice la tradición) construyó en el siglo VII la mezquita de que



El muro de las lamentaciones en Jerusalén (de fotografía)

encubre la esencia, el modo de ser propio de aquella población. Y este modo de ser propio no estriba en un carácter unitario, sino que resulta del contacto inmediato de tres culturas completamente distintas é individuales, que en el mundo de los recuerdos aparecen como tres cuadros perfectamente separados, unidos tan sólo por el mismo cielo, por la misma impresión de tristeza.

Jerusalén, la ciudad sagrada de los cristianos, y también la más venerada por los mahometanos después de la Meca y Medina, apenas tiene un pequeño espacio para aquellos de quienes es patria, orgullo y objeto de sus más ardientes ansias, los judíos. Los turcos les han señalado un barrio que comparten con los armenios: una pobre sinagoga en donde se congregan para rendir culto á Jehovah, unas cuantas casuchas miserables y algunos sucios callejones son todo lo que les resta de su antigua grandeza.

Una concesión les ha hecho, sin embargo, el islamismo, la de permitirles que una vez por semana, el jueves, puedan visitar el «muro de las lamentaciones», que se alza al pie del monte Sión y junto á la cual lloran la destrucción del templo que «jamás volverá á ser reedificado.» En tal día, aquellas extrañas figuras, envueltas en sus largas túnicas, salen silenciosamente de sus tetricas viviendas y se dirigen al lugar indicado para lamentarse con las palabras de Jeremías. Las lloronas mezclan la monotonía de sus plañidos rituales con el murmullo y el zumbido de las voces que rezan. Ancianos de cabeza cana apoyan la frente sobre las piedras del muro, rezan junto á ellas, posan sobre ellas sus labios y con amenazadores gestos maldicen á los vencedores. Muchos judíos, especialmente rusos, van á Jerusalén con el

del campo solitario y detrás de murallas arruinadas y puertas derruidas, levántase ese extraño cuanto encantador edificio. Las inclemencias del tiempo han suavizado la intensidad de sus colores, y sólo como un eco lejano resuena en nuestros oídos la epopeya de las luchas durante siglos sostenidas por la posesión de aquellos lugares, luchas de las cuales solamente quedan como recuerdos murallas en ruinas, trozos de columnas y fragmentos de esculturas que cubren aquella tierra roja y quemada por el sol.

Transponiendo las ruinas de los muros de Salomón, de las fortalezas de Herodes y de la casa de Pilatos, llégase á aquel maravilloso monumento que parece construído por un hábil joyero con las más bellas piedras preciosas. Los mármoles de colores de las paredes hechas á modo de mosaico y los cristales de las ventanas artísticamente dispuestos han podido resistir perfectamente la acción del tiempo.

En medio de aquel edificio se encuentra un objeto de aspecto sombrío y rudo, que apenas se distingue en la deliciosa penumbra que en tal recinto reina: es un tosco peñasco, la cumbre del monte Moria, sagrado para los cristianos, los judíos y los turcos. La historia desde los tiempos más antiguos habla de aquella piedra, de aquel admirable monumento que ha sobrevivido á tantos siglos.

Allí, en la «era de Arnán» de los jebusitas, apareció el ángel vengador al rey David, el cual mandó erigir en aquel sitio un altar; allí construyó Salomón su famoso templo de inusitada magnificencia que Nabucodonosor destruyó y que los judíos reedificaron al volver de su cautiverio de Babilonia. De nuevo fué destruído en tiempo de Antonino IV y otra vez lo levantó Herodes, hasta que en el reinado de

hemos hablado y que es un testimonio de la fuerza de una nueva religión.

En las luchas del cristianismo con el Islam, la transformación de la mezquita en templo marca la corta duración del triunfo del primero, ya que muy poco después desapareció una vez más la soberanía del Occidente sobre el Oriente, devolviendo Saladino el santuario al islamismo, al que todavía hoy pertenece.

Durante el reinado de Haram-el-Cherif, el vestíbulo que encierra la mezquita formando un cuadrado de 500 metros cuadrados contenía altas bóvedas de piedra, y en las paredes de cerca existían la Puerta de Oro, que se abría hacia el valle del Cedrón, y otra puerta hacia Opel, por donde en otro tiempo hizo su entrada la reina de Saba, y todavía se conserva la columna que en el centro de esta puerta se levantaba y que es indudablemente el último resto del templo salomónico: aquella colosal pilastra con su pesado capitel parece contemplar la desolación que la rodea y en medio de la cual la imaginación se complace en resucitar la antigua magnificencia.

Pero el viajero que procedente de Occidente visita Jerusalén, lo que busca allí son las huellas que aún quedan de la vida de Jesucristo, y empieza por recorrer la *Via dolorosa* que, arrancando del palacio de Pilatos, se extiende entre sombríos muros y negras bóvedas.

Al pie del monte de los Olivos, un convento de franciscanos guarda el paso que conduce á Getsemaní, y cuida de que aquel lugar conserve su carácter tradicional. En el sombrío valle de Josafat está construída la cripta que contiene el sepulcro de María y en la cual hay altares de todas las confesiones, inclu-

so de la mahometana, porque también los musulmanes veneran á María como «madre del profeta Jesús.»

Casi en el corazón de Jerusalén álzase el Santo Sepulcro, junto al cual se encuentra el barrio cristiano. A medida que el viajero se aproxima á aquel lugar sagrado, ve desaparecer los bazares orientales, á los que substituyen los vendedores ambulantes de reliquias y rosarios. El Santo Sepulcro, en el cual se entra por un vestíbulo á cuyos lados se levantan dos conventos, está practicado en la roca y rodeado de un verdadero laberinto de templos y capillas que la piedad y la devoción han erigido. Los altares cuaja-

dos de oro y de preciosos ornamentos; los millares de cirios por doquier encendidos; los sacerdotes de todas las confesiones cristianas, latinos, griegos, copos, armenios, etc., celebrando ante su altar respectivo su culto especial; las nubes de incienso; la expresión de éxtasis religioso que en todos los semblantes se pinta, todo esto constituye un cuadro que la fantasía más exaltada apenas puede imaginarse.

Debajo de aquel santuario se encuentra la húmeda y apenas iluminada capilla de Santa Elena, adonde van los enfermos en busca de curación para sus males. Las numerosas ofrendas, los exvotos de los más diversos países, las piedras gastadas por los be-

sos de los fieles, son testimonios elocuentes del número inmenso de almas acongojadas, de los millones de peregrinos que de toda la tierra acuden á orar ante la tumba del Salvador. Y hasta los que por simple curiosidad visitan indiferentes é incrédulos el Santo Sepulcro, no pueden sustraerse á la emoción intensísima que aquel conmovedor espectáculo produce, é involuntariamente han de reconocer que algo muy grande, algo que está muy por encima del hombre, ha de haber en la religión que al través de tantos siglos y de tantas vicisitudes alienta cada día más firme y mantiene cada vez más ardiente la fe en los corazones. - J.

CUADROS DEL GRECO

TREINTA FOTOGRAFÍAS, 18 x 24, VEINTE PESETAS. SUELTAS, Á UNA PESETA.

Hermosa colección de bóvedas góticas y artesanados árabes y del Renacimiento, una peseta cada una.

SE REMITEN CERTIFICADAS.

PAGO ADELANTADO.

C. ALGUACIL, TOLEDO.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LOS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas *Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.*
 Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los *Ferruginosos* contra la **Grageas al Lactato de Hierro de G GÉLIS & CONTÉ**
 Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el *labor del parto* y *detienen las perdidas.*
 Medalla de Oro de la Sa^d de F^{ia} de París
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 SOBERANO CONTRA CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 en BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

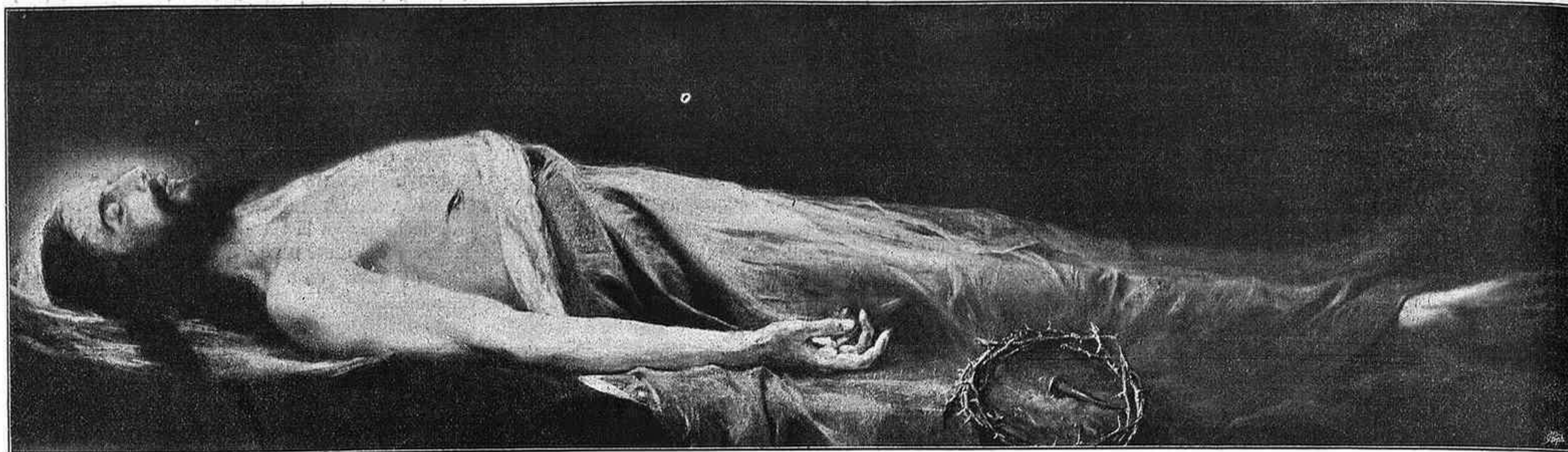
LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

Las **Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PUREZA DEL CUTIS
 LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 en París
 St-Denis, 16

EL-APIOL de los Dres **JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



Cristo yacente, cuadro de José Benlliure (Exposición internacional de Bellas Artes de Viena de 1900)

TRADICIONES PERUANAS, POR RICARDO PALMA. - 4 TOMOS ILUSTRADOS.

En vista de los numerosos pedidos de este precioso libro que diariamente se hacen á esta Casa y estando agotada la primera edición de tan excelente obra, se ha hecho una nueva tirada con el único propósito de satisfacer los reiterados deseos de los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL que ansían tener completa la importante y variada colección de las selectas obras que la constituyen.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOÛZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DEL BARRE DEL DR. DELABARRE

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F. G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINO AROUD
CARNE-QUINA
 MEDICAMENTO - ALIMENTO
El más poderoso REGENERADOR
 Prescrito por los Médicos
 Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.
 102, Rue Richelieu, PARIS
 Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PILDORAS DEFRESNE
 A LA **PANCREATINA**
 Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
 Digiere no sólo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.
 La PANCREATINA DEFRESNE, previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.
POLVO - ELIXIR
 En todas las buenas Farmacias de España.

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS
 (NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)
 Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.
 PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

CREME DE LA MECQUE DUSSE MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENÉFICA
 Da al cutis la blancura nacarada del marfil.
 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
 Se vende en las principales Perfumerias, Barberias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN